

CRISIS DE LA HEGEMONÍA ECONOMICISTA Y DISCURSO AMBIENTAL

CAMILO ANDRÉS PÁRAMO ZARTA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES
INTERNACIONALES
MAESTRIA EN ESTUDIOS POLÍTICOS
BOGOTÁ

2011

10

CRISIS DE LA HEGEMONÍA ECONOMICISTA Y DISCURSO AMBIENTAL

CAMILO ANDRÉS PÁRAMO ZARTA

Trabajo de grado para optar al título de Magister en Estudios Políticos

Dirigido por:

MIGUEL ANGEL HERRERA ZGAIB

Doctor en Derecho, estudios doctorales en Ciencia Política

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES
INTERNACIONALES
MAESTRÍA EN ESTUDIOS POLÍTICOS

BOGOTÁ

2011

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	14
I. LA HEGEMONÍA COMO MECANISMO DE CONSTITUCION DE LA SOCIEDAD	18
Hegemonía	18
Revelación e historia	19
La modificación de la racionalidad	21
La invención de la clase universal.....	23
El momento de la dispersión	26
Una teoría del discurso	28
Universalidad y exclusión	30
Lo Social	32
La Política	36
Los Significantes Vacíos	39
La Subjetivación	45
II. HEGEMONIA Y VERDAD	48
Cómo nace la verdad.....	54
Foucault, poder y verdad	59
La constructora de regímenes de verdad.....	63
La verdad, un mecanismo hegemónico y contra hegemónico.....	66
III. EL DISCURSO HEGEMÓNICO DE LA MODERNIDAD	72
La hegemonía del economicismo	98
IV. EL DISCURSO ECOLÓGICO COMO DISCURSO ANTI HEGEMÓNICO ACTUAL.....	105
CONCLUSIÓN	127

La disyuntiva de la Caja Ecológica..... 127

BIBLIOGRAFÍA..... 130

INTRODUCCIÓN

Cada vez es más evidente que los sistemas políticos y económicos surgidos de la modernidad pasan por una profunda crisis que desarticula constantemente las formas de nuestras realidades, mostrándonos los límites de las racionalidades que han determinado las formas de pensamiento predominante durante los últimos 300 o 400 años de la historia de la humanidad.

Ello supone un gran reto desde la intelectualidad, pues se hace necesario desarrollar herramientas de análisis que permitan aprehender los nuevos fenómenos políticos, sociales, económicos y ecológicos que determinarán los resultados de las luchas creadoras de las racionalidades que dirigirán las sociedades pos modernas.

Este proceso, sin embargo, no es posible desde las construcciones teóricas más clásicas del pensamiento europeo producto del Iluminismo, y que tuvieron su origen en las luchas que entronizaron a la burguesía como el grupo social predominante.

Y no es posible por cuanto dichas construcciones teóricas son universalistas y pretenden haber descubierto los mecanismos ocultos y las racionalidades básicas con los cuales funcionan todas las sociedades humanas en todas las épocas históricas. Por lo tanto, ellas no están capacitadas para incorporar de manera adecuada a sus formas de articulación discursiva fenómenos cuya relevancia no estaba determinada en sus condiciones de emergencia.

Entonces, es necesario recurrir a formaciones teóricas que pongan en tela de juicio dichas construcciones universalistas, a través de enfoques que apuesten por encontrar en el mismo proceso histórico las condiciones necesarias para su

emergencia; y que resalten la importancia de las luchas que dan origen a los esquemas políticos en cada época histórica.

En la actualidad empiezan a tomar vigencia enfoques alternativos que sí bien es cierto hunden sus orígenes en corrientes filosóficas que surgen al amparo de las construcciones político – discursivas propias de la modernidad, tienen en su germen la capacidad de subvertir sus fundamentos filosóficos, otorgando las herramientas de análisis requeridas.

El presente escrito tiene la pretensión de presentar una lectura diferente de las formas de articulación que dieron origen a las sociedades actuales, con la finalidad de encontrar en dicho recorrido claves que permitan incorporar de manera adecuada la problemática ambiental como realidad ineludible.

Para ello se usarán dos corrientes filosóficas diferentes, a saber: por un lado se utilizará la categoría denominada Hegemonía, que surge en el pensamiento marxista ruso para explicar por qué en dicho país el proletariado desarrolló la tarea que en principio era responsabilidad de la burguesía, esto es, la lucha contra el absolutismo zarista y la revolución que determina su destrucción.

Esta categoría es retomada por uno de los filósofos marxistas más relegados por su corriente más ortodoxa: Antonio Gramsci. El autor italiano estableció una lectura alternativa de las formas de configuración de las sociedades actuales, para reivindicar así el valor de las relaciones que se deben tejer entre los diferentes actores sociales, y descubrir en sus reflexiones el valor que tiene la sociedad civil y los intelectuales en el proceso en el cual dichos actores devienen en estado.

El pensamiento político Gramsciano es retomado por Ernesto Laclau, quien a partir de un profundo análisis, con el apoyo de otras corrientes marxistas no ortodoxas tales como el Austro marxismo y el pensamiento Soreliano, pretende

deconstruir el pensamiento político marxista para superar lo que considera sus derivas idealistas y esencialistas. La finalidad es descubrir en su historia grillas de inteligibilidad que revolucionen el pensamiento ortodoxo, y constructos teóricos que den cuenta de las condiciones en que se desarrolla la historia actual de la humanidad.

Este proceso desemboca en la fundación de una nueva corriente filosófica que se ha denominado el *posmarxismo*, corriente que ha convertido la categoría de Hegemonía en su principal instrumento de análisis, con las transformaciones que se señalan en el primer capítulo del presente texto.

La segunda corriente filosófica que se aborda hunde sus raíces en el pensamiento Nietzscheano, quien desarrolló su obra intentando mostrar los límites de la racionalidad Kantiana, señalando que el conocimiento no es más que una herramienta adaptativa en el proceso de lucha por el poder. Y reivindicar así el combate, la guerra y en general las diferentes formas de competencia por el poder como herramientas de análisis fundamentales para la comprensión de las sociedades humanas.

Este pensamiento es retomado por Michel Foucault, quien a través de los métodos arqueológico y genealógico desentrañó las luchas que dan origen a la configuración de las sociedades actuales, despojando la noción de poder de sus características míticas y de sus anclajes estatales, para encontrar en el poder características únicas que lo hacen parte integrante de todas las relaciones humanas.

Foucault analizó las condiciones de emergencia de las sociedades burguesas posfeudales, así como la formación de los discursos de verdad que entran en conflicto, con la pretensión de generar efectos de poder fácilmente rastreables para sostener la razón de su dicho.

Este escrito se esfuerza en articular estas corrientes filosóficas para encontrar en sus puntos de intersección las nuevas superficies discursivas que enriquecen el debate contemporáneo en la búsqueda por desentrañar las claves ambientales de las luchas más actuales.

Por supuesto, el presente texto se escribe como un desarrollo reflexivo inscrito en las teorías políticas normativas contemporáneas, pues busca desde una perspectiva interdisciplinar, y con arraigo en la historia de las ideas políticas describir el desarrollo de los procesos históricos contemporáneos para enmarcarlos en un deber ser que aporte elementos de análisis epistemológicos a nuestra realidad actual.

Ahora unas prevenciones: En el presente texto se hace referencia recurrentemente el término economía, siendo necesario aclarar que se usa en el sentido de economía política; esto es, en el proceso de fecundación surgida por el cruce de las teorías políticas y de la economía como mecanismo de estudio del mercado, y sus influencias recíprocas que permiten organizar las sociedades contemporáneas.

Así mismo, creo necesario señalar que todo aquello que en el texto se menciona y que no se encuentra referenciado a un autor específico es producto de mis reflexiones personales producto de mis estudios y lecturas muchas veces no sistemáticas; razón por la cual no se puede cargar en hombros de tan excelentes autores más que lo que efectivamente dijeron.

I. LA HEGEMONÍA COMO MECANISMO DE CONSTITUCION DE LA SOCIEDAD

Hegemonía

En la filosofía griega clásica el centro de la concepción sobre la racionalidad está marcado por la distinción que aquella hace entre materia y forma, una distinción que marca la relación entre universalidad y particularidad.

Los pensadores griegos concibieron que era imposible explicar racionalmente la *materia*, es decir la singularidad/particularidad, pues cualquier caracterización que se pueda hacer sobre un objeto singular se hace recurriendo a categorías universales, denominando a dichas categorías como *forma*.

La singularidad se reduce, por tanto, al reino de lo irracional, para concebir entonces lo real como una unidad donde las características universales están impresas en un trasfondo irracional; es decir, la forma racional se imprime en la materia irracional.

Tres consecuencias siguen a esta concepción de las relaciones entre dichas categorías: primera, que no está garantizada la preeminencia de lo racional, pues siempre es posible la contaminación de la forma por la materia, posibilidad que subyace a la noción de crisis en el pensamiento griego clásico, donde siempre existe el peligro de la corrupción de la forma por la materia; y por lo tanto que dicha noción no corresponde a la del mal presente en la tradición filosófica cristiana.

Segunda, la particularidad es un elemento denigrado que no adquiere trascendencia filosófica más que como aquello que hace imposible la racionalización de lo real y que por lo tanto pone en peligro las virtudes del sistema de pensamiento griego.

Y tercera, lo racional no es el fundamento de lo real, pues no es posible interpretar la realidad aislándola de la existencia de un sustrato irracional que determina también las condiciones de su existencia.

Fue necesario esperar al nacimiento del mito cristiano de la creación para incorporar al pensamiento filosófico la noción de fundamento. Esta noción introduce adicionalmente una paradoja que modifica sustancialmente el pensamiento griego clásico, debido a la natural incognoscibilidad de Dios. Ello permitió entonces que en dicho pensamiento filosófico se invirtiera la relación entre fundamento y razón existente en el pensamiento clásico. Si en el pensamiento clásico existía racionalidad sin fundamento, en el pensamiento cristiano existe fundamento sin racionalidad.

Esta característica supone también el surgimiento de la escatología cristiana; pues la noción de un Dios de infinita bondad debía compatibilizarse con un contexto histórico y político surcado por la injusticia y el sufrimiento. Esta compatibilización presupone la existencia de un sentido subyacente que permite entender que dicho contexto es meramente aparental y que todo tiene una razón última que lo explica o cuando menos lo justifica.

Revelación e historia

A falta de la razón como mecanismo de acceso a dicho contexto subyacente, la filosofía cristiana ideó la revelación como el mecanismo adecuado para tener

acceso a las etapas de la historia, la cuales en principio solo pueden ser conocidas por Dios; vale decir, ellas son inaccesibles para la razón humana.

Entender estos dos hechos, la existencia de un mundo escatológico donde se explican los hechos del mundo real, y la revelación como mecanismo exclusivo de acceso a este mundo, permiten entender por qué las diversas sectas religiosas cristianas buscan con exclusividad en la biblia la explicación a todos y cada uno de los hechos políticos, religiosos y personales.

Igualmente, estas sectas con la finalidad de explicar las relaciones entre el mundo escatológico y el mundo real, crean la figura de la encarnación.

La encarnación se convierte en el elemento que unifica los dos mundos, el escatológico y el real, de tal manera que cada hecho que se presenta en el mundo real tiene su contrapartida en el escatológico; esto garantiza la preeminencia del mundo escatológico, pues solo en este adquieren su verdadera dimensión trascendental.

La figura de la encarnación tiene otra peculiaridad que es importante resaltar: la selección de la singularidad/particularidad como el medio que encarna la universalidad es una decisión que trasciende la particularidad misma. Porque es Dios quien decide el cuerpo de encarnación, ya que nada dentro de la particularidad prefigura su selección como dicho cuerpo.

Este hecho es trascendental porque la unidad del sistema se mantiene precisamente por la mediación divina como mecanismo de unión de los mundos escatológico y real. Además, esta mediación permite mantener la particularidad de cada uno de los dos mundos, pues ninguno de los dos requiere prefigurar como parte de sus características el proceso de encarnación que los vehicula.

En esta filosofía el papel de la particularidad es más complejo que en la filosofía griega clásica. Aquí la particularidad es al mismo tiempo afirmada y negada; es afirmada en la medida en que la mediación de un tercer elemento entre los dos mundos supone la afirmación de la particularidad en cuanto tal, pero al mismo tiempo es negada porque la particularidad solo tiene sentido como expresión de un mundo trascendente que le da su verdadero sentido al trascenderla.

En la medida que la realidad empírica se niega a sí misma en el momento en que la mediación divina la hace transparente con el mundo escatológico, llegamos al mismo punto de denigración de la particularidad presente en el pensamiento griego clásico por un medio diferente.

Esta forma de abordar las relaciones entre particularidad y universalidad fue predominante hasta el surgimiento del pensamiento moderno, que al negar la noción de Dios como fundamento del orden social enfrentó un dilema: reconocer la existencia exclusiva del plano empírico sin su contrapartida escatológica, o escenificar como fundamento algo enteramente intramundano. Dicho fundamento sería necesariamente racional por contraposición con la inescrutabilidad divina.

La vía típica del pensamiento filosófico moderno fue la segunda, con lo cual y por primera vez en la historia del pensamiento occidental, se unieron la racionalidad del pensamiento griego con la noción de fundamento del pensamiento cristiano; pero ahora la racionalidad ocupó el lugar del fundamento.

La modificación de la racionalidad

Este proceso modificó la racionalidad como concepto filosófico, pues al pasar ésta a ser el fundamento marginó progresivamente la irracionalidad como parte integral de la realidad.

En este pensamiento la particularidad no es negada, pero es completamente subsumida como un momento de la universalidad, y, por lo tanto, la historia entera pasa a ser completamente racional y accesible al pensamiento humano.

Ernesto Laclau¹ considera que tal perspectiva supone la existencia de tres características fundamentales para el pensamiento moderno: primera, la historia en su totalidad debe ser enteramente racional, y por lo tanto desde sus inicios deben estar contenidas potencialmente todas las condiciones necesarias para su posterior despliegue; es decir, sus principios deben ser capaces de explicar la totalidad de sus cambios internos.

Segunda, al igual que en el proceso de encarnación, toda forma de expresión de la realidad debe ser considerada una forma de expresión necesaria; la historia se produce de la única manera en que podría producirse.

Tercera, ella considera que el otro problema consiste en la desaparición de la particularidad. Dicha desaparición es una condición necesaria para la operatividad del sistema.

Así mismo, la modernidad se esforzará en romper la lógica de la encarnación como el mecanismo para explicar la forma en que una particularidad específica adquiere las condiciones necesarias para transformarse en la representación de la universalidad. Para lo cual, este proceso debía cumplir las condiciones de racionalidad y transparencia para mantener la unidad del sistema.

¹ Villalobos, Ruminort Sergio, *Hegemonía y Antagonismo, el imposible fin de lo político (Conferencias de Ernesto Laclau en Chile)*. Santiago de Chile. Editorial Cuarto Propio, Pag. 116.

La invención de la clase universal

La suma articulada de estas características permite rastrear el surgimiento de la noción de *agente privilegiado de la historia*, esto es, la clase universal como la única manera de romper la lógica de la encarnación y explicar la expresión de la universalidad en una particularidad específica. Consistirá en el surgimiento de un actor que sea en sí y por sí lo universal, de tal manera que se respete la necesidad de una explicación racional y absolutamente transparente del proceso histórico y su carácter necesario.²

La aceptación de la noción de un agente privilegiado de la historia tomó un tiempo en ser entendido en su totalidad, pues el proceso de relegación de lo irracional se desarrolló paulatinamente, pasando de un primer momento en el cual las principales corrientes del iluminismo señalaron la existencia de una rígida separación de la historia, donde se identifica un pasado irracional, y luego una etapa de corte con el surgimiento del pensamiento moderno, y a partir de ahí el desarrollo de una historia enteramente racional.

Ahora bien, este proceso finaliza con *“Una última etapa en el avance de esta hegemonía racionalista (que) tuvo lugar cuando el hiato entre lo racional y lo irracional se cerró mediante la representación de este acto de clausura como momento necesario en el autodesarrollo de la razón: esta fue la tarea de Hegel y Marx, quienes afirmaron la total transparencia de lo real a la razón en el saber absoluto.”*³

El corolario de este proceso establece que la clase universal (que en el caso del pensamiento marxista es el proletariado) es un momento de auto despliegue en la

² Laclau Ernesto, *Emancipación y Diferencia*, Argentina, Compañía Editora Espasa Calpe, Página 49.

³ *Ibíd.*

historia donde la diferencia entre lo universal y lo particular es anulada, y, por lo tanto, se pone fin a la necesidad de la encarnación.

A pesar de esto, la encarnación no pudo ser realmente erradicada del pensamiento europeo moderno, pues no se contaba con las herramientas conceptuales necesarias para explicar la razón por la cual la universalidad se encontraba aún atada a una particularidad específica como la era la Europa del siglo XIX.

Era necesario reintroducir, de contrabando si se quiere, la noción de la encarnación para explicar por qué Europa representaba los intereses humanos universales por un cierto tiempo, y por qué tenía la obligación de enseñar a los demás conglomerados modernos⁴ los valores universales que decía encarnar.

Con todo, la escatología marxista también reintrodujo hasta cierto punto la idea de la encarnación, pues se hizo cada vez más evidente la existencia de una distancia insalvable entre el pretendido carácter universal de la clase obrera y la particularidad de sus reivindicaciones concretas. Era necesario llenar esa distancia creando la noción del Partido Comunista como representante de los intereses históricos de la Clase Obrera.

Por supuesto, tal encarnación en la escatología marxista no funcionaría de la misma manera que en la cristiana. Para poder obviar la necesidad de Dios fue necesario suponer la existencia de una objetiva desigualdad entre los diferentes agentes sociales, la cual devenía de la existencia de un privilegio ontológico en cabeza del proletariado como expresión de lo universal.

⁴ Esta noción no ha sido realmente erradicada del pensamiento Europeo y Norteamericano. Es suficiente señalar la permanente arrogancia de dichas sociedades que pretenden imponer su noción de los Derechos Humanos y de la Democracia a través de todos los medios necesarios incluida la guerra.

Si este proceso se armoniza con el no cumplimiento de la predicción marxista de una creciente simplificación del entramado social con la proletarización de las clases medias, entonces es inevitable un proceso de permanente (re) encarnación de los intereses de la clase obrera en cuerpos sociales cada vez más reducidos, hasta la instauración perversa de la dictadura marxista en cabeza de una sola persona, quien representaría de manera *científica* los intereses objetivos de la clase obrera que tardaba más de la cuenta en convertirse en clase universal.

Por el contrario, la explosión evidente de nuevas identidades sexuales y sociales, así como el resurgimiento de viejas identidades nacionales, étnicas y culturales, producidas en parte por los cambios políticos posteriores a la segunda guerra mundial; así como la incapacidad de los sistemas de pensamiento modernos, tanto liberales como marxistas, de explicar satisfactoriamente estos procesos sociales, pusieron en entredicho la explicación racionalista propia de la modernidad y, sobre todo, el carácter universal de la clase proletaria.

El proceso fue precedido, acompañado y explicado por un amplio movimiento filosófico que hizo agudas críticas al eurocentrismo propio del pensamiento moderno, y puso en cuestión no solo la racionalidad como fundamento, sino la existencia misma de un fundamento.

Así, se pretendió negar la existencia misma de la universalidad a favor de los diversos particularismos; considerando que dicha noción precedía a la instauración de viejos, y nuevos, totalitarismos.

Sin embargo, no se requiere una reflexión muy profunda para entender que las categorías de universalidad y particularidad se encuentran profundamente ligadas. No es posible negar la existencia de una sin negar al mismo tiempo la existencia de la otra. Así, algo solo es particular en la medida en que se relaciona con otras particularidades y tiene como referente un universal que les permite funcionar,

significando por tal, al menos, el campo que permite su existencia y su capacidad de interrelación.

El momento de la dispersión

En el pensamiento contemporáneo existen una serie de tendencias que, para analizar las relaciones entre universalidad y particularidad, pretenden hacer hincapié en el momento de la dispersión como mecanismo de acercamiento a la particularidad.

Esta categoría sin embargo, puede ser concebida desde dos perspectivas; siendo la primera la denominada monádica, donde se considera que cada elemento es una individualidad cerrada sobre sí misma tal y como las concibió Leibniz⁵.

Esta posibilidad sin embargo es incapaz de explicar los mecanismos mediante los cuales se relacionan los elementos, de tal manera que la única solución de la teoría Leibniziana consistió en la formulación de la armonía preestablecida⁶.

Ahora bien, la concepción de una cosa tal como la armonía preestablecida supone la existencia de un fundamento último capaz de explicar la existencia misma de dicha armonía y las características propias del sistema.

La segunda perspectiva, que podemos definir como diferencial, supone la existencia de diferencias positivas entre los elementos propios del sistema. Esta

⁵ Leibniz, Gottfried Wilhem Barón von; *Monadología: Principios de Filosofía*, Madrid, España; Editorial Biblioteca Nueva.

⁶ Leibniz, Gottfried Wilhem Barón von; *op. cit.*, Opusculo 51 Página 120

percepción sigue siendo incapaz de negar la totalidad como fundamento; pues la existencia misma del sistema y sus complejidades suponen la existencia de un fundamento que explica la forma específica de las diferencias.

Por lo tanto, ninguna de estas dos perspectivas permite hacer el desplazamiento necesario para subvertir las relaciones entre universalidad y particularidad; desplazamiento que solo se puede hacer sí se transforma la universalidad en el horizonte de la particularidad.

La diferencia entre ambas categorías es evidente, pues lo universal como fundamento supone la existencia de un principio de totalidad que explica toda el fundamento de lo social, absorbiendo siempre la particularidad tal y como se explica precedentemente.

En cambio, la universalidad como horizonte supone una relación donde lo universal es al mismo tiempo la condición necesaria para dar sentido a lo social, al señalar el campo en el cual se interrelacionan las particularidades, pero al mismo tiempo se convierte en algo imposible de alcanzar.

Entonces, ¿cómo se puede representar en la sociedad la universalidad?, evidentemente solo lo podría hacer a través de la subversión del sentido de una particularidad específica; proceso que tiene necesariamente que ser contingente, so pena de re introducir la encarnación, y por tanto la universalidad, como fundamento de lo social.

Una teoría del discurso

Antes de explicar la forma en que opera el anterior fenómeno, es necesario describir brevemente la teoría del discurso asumida en esta investigación, por las razones que serán evidentes más adelante.

Siguiendo la clásica obra de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, *Hegemonía y Estrategia Socialista*⁷, considero que el Discurso es una totalidad estructurada resultante de determinadas prácticas sociales articuladoras; prácticas que no se reducen a la palabra oral y/o escrita. Más aún, el discurso es una unidad inescindible entre pensamiento y acción.

Esta unidad se explica suficientemente a partir de los juegos del lenguaje de Ludwig Wittgenstein⁸, quien demostró el carácter performativo del lenguaje, así como la existencia de una identidad relacional entre los signos lingüísticos y los elementos materiales en cuanto tales.

Asumirlo supone reconocer que las cosas no se pueden constituir⁹ previamente a la existencia de aquel complejo relacional específico; de donde se sigue que las relaciones y la noción de objetividad son sinónimos.

Antes, desde la obra de Ferdinand de Saussure¹⁰ sabemos que la lengua es un sistema de diferencias donde las identidades lingüísticas y por tanto los valores

⁷ Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal, *Hegemonía y Estrategia Socialista hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires Argentina, Fondo de Cultura Económica, Página 143.

⁸ Wittgenstein, Ludwig; *Investigaciones Filosóficas*, Barcelona España, Instituto de Investigaciones Filosóficas Universidad Autónoma de México; Editorial Crítica, Página 19.

⁹ Esto no supone un subjetivismo absoluto que niegue la existencia objetiva de las cosas; significa realmente que no pueden ser significadas sin la existencia de un complejo relacional que les de sentido.

¹⁰ Saussure, Ferdinand; *Escritos sobre Lingüística General*, Barcelona España; Editorial Gedisa, Página 25.

son puramente relacionales. Teniendo en cuenta la unidad discursiva ya señalada, es evidente que en todo sistema de significación este hecho es igualmente cierto.

Por lo tanto, en *cualquier* sistema de significación un elemento no tiene un valor positivo sino puramente relacional, es lo que es en relación con otros elementos tanto físicos como intelectivos. Más aún, en *cualquier* sistema de significación la expresión de un elemento supone la inclusión de todo el sistema en el momento de la misma.

Ahora bien, esto solo es posible si el sistema de significación es cerrado, pues la inclusión de todo sistema de significación en un solo acto de expresión requiere necesariamente la posibilidad de determinar todos los actos de expresión para considerarlos incluidos. Este hecho solo puede ser posible si el sistema es cerrado, pues de ser abierto no sería posible determinar cuáles objetos están incluidos y cuáles excluidos, y por lo tanto no sería posible establecer el alcance de la expresión realizada.

Si todo sistema de expresión debe ser cerrado, entonces debe ser posible conocer sus límites. Tal como estableció Hegel, conocer los límites de cualquier cosa significa poder establecer qué se encuentra más allá de los mismos.

Ahora bien, sí hablamos del sistema de todas las diferencias, y el sistema es en sí mismo cerrado, entonces cabe preguntarse que se encuentra al otro lado de dichos límites; respuesta compleja en sí mismo porque sí los elementos solo tienen un valor relacional no positivo, es evidente que cualquier cosa que se encuentre afuera no puede ser más que una diferencia.

Pero sí es una diferencia más, entonces el límite escogido – cualquiera que este sea – no puede ser realmente el límite, porque sí el sistema que estamos

analizando es el de todas las diferencias, la diferencia ubicada fuera del límite no puede ser más que parte del interior del sistema.

Por lo tanto, la única posibilidad de determinar qué es aquello que se encuentra por fuera del sistema de significación es a partir de una relación de exclusión de un elemento que es expulsado porque su constitución supondría la puesta en cuestión de todo el sistema.

Sin embargo, esto supone un problema que se hace necesario analizar, pues la radical exclusión de un elemento que puede poner en cuestión el sistema supone que todos los elementos diferenciales – las particularidades – comparten algo en común que las hace diferentes del elemento excluido.

Ello supone una subversión entera del sistema, pues aquello mismo que se hace necesario para fijar el sentido del sistema y por tanto de cada una de las diferencias, subvierte su carácter diferencial, lo socava al establecer un mínimo de equivalencia que los diferencia del elemento radicalmente excluido.

Universalidad y exclusión

Ese elemento radicalmente excluido llegará a ser necesariamente una universalidad por dos razones fundamentales: la primera, si fuera meramente una particularidad no tendría la capacidad de subvertir el sentido de todo el sistema de las diferencias; y la segunda, porque la capacidad de establecer una cadena equivalencial al interior del sistema supone la existencia de algo común a las mismas diferencias, algo que las unifica y que lógicamente no puede ser una diferencia, porque en caso de serlo esta diferencia sería un elemento común a todas las diferencias, y por lo tanto se constituiría como su fundamento último.

Este proceso supone que toda unidad lingüística, y por lo tanto toda unidad significativa y discursiva, se constituye en el punto de intersección de dos lógicas incompatibles (la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia), las cuales sin embargo son necesarias para la constitución misma del proceso de significación, y por lo tanto del sujeto que significa.

Esto tiene una consecuencia fundamental para el sentido del presente texto; pues la forma de constitución del proceso de significación, y por tanto del sujeto que significa, suponen la existencia de una totalidad fallida, de imposible constitución, ante la existencia permanente de una tensión entre las lógicas de la diferencia y de la equivalencia.

Esta tensión es imposible pero al mismo tiempo necesaria; imposible porque no existe forma de superar la tensión irresoluble entre dos lógicas incompatibles; pero necesaria porque sin algún tipo de cierre, al menos precario, no sería posible establecer los límites del proceso de significación, y por lo tanto no sería posible el proceso de significación mismo.

Pero, ¿cómo se presentan al interior del sistema las dos lógicas? En el caso de la lógica de la diferencia no existe mucha dificultad, pues su presencia es interior y directa. Pero en el caso de la lógica de la equivalencia el proceso es diferente, pues al estar radicalmente excluido el elemento que permite la lógica equivalencial, no puede presentarse de manera directa sin constituirse y destruir el sistema mismo.

Por lo anterior, la única manera en que la lógica de la equivalencia se presente al interior del sistema consiste en que la misma sea representada; representación que solo puede ser asumida por una diferencia, pues recordemos que según este análisis, dentro del sistema solo existen diferencias.

En otras palabras, la universalidad excluida solo puede ser representada por una particularidad intra sistémica; particularidad que no se transforma en una universalidad sino que presenta una división significacional, siendo al mismo tiempo una diferencia y el mecanismo de representación de la universalidad excluida.

Laclau ha denominado a este proceso Hegemonía. Él textualmente ha dicho: *“Esta operación, por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es la que denominamos Hegemonía”*¹¹

Lo Social

El hecho mismo que la constitución de las identidades se haga a través de una relación de exterioridad con un elemento radicalmente excluido, supone que dicha relación es constitutivamente antagónica; toda vez que la constitución de las identidades intra sistémicas solo es posible en oposición al elemento excluido y solo se mantiene en tanto dicho elemento amenace su existencia.

Ahora bien, la existencia del antagonismo como mecanismo necesario para la constitución de las identidades impide que la objetividad se constituya en cuanto tal, pues la relación antagónica refleja la existencia de un exterior constitutivo que bloquea la identidad interior (siendo al mismo tiempo condiciones de su existencia); con lo cual la negación de la identidad se construye en el exterior del sistema, y por lo tanto sus relaciones son puramente factuales sin que puedan ser reducidas a una subyacente racionalidad.

La existencia de dicha negatividad supone necesariamente que las condiciones de existencia de las identidades no se encuentran en su totalidad al interior del

¹¹ Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires Argentina, Fondo de Cultura Económica, Página 93.

sistema; pues al ser el antagonismo elemento *sine qua non* de existencia de las identidades, se hace condición necesaria el elemento radicalmente excluido, y por tanto un exterior radicalmente constitutivo.

Ubicar las condiciones de existencia de una identidad por fuera de sí misma supone que las mismas dependen de la configuración de dicho exterior, y por tanto que son radicalmente contingentes; pues se modificarán, cambiarán y dejarán de existir no por un proceso de auto despliegue necesario de su interioridad, sino por la variación de las condiciones exteriores que lo determinan.

La radical contingencia de las identidades como desarrollo lógico de la existencia de un exterior constitutivo supone la imposibilidad de la existencia de una objetividad en cuanto tal, pues es un requerimiento necesario para la existencia de la misma la unicidad del sistema (negada por las relaciones de exterioridad necesarias para la configuración de las identidades) y su positividad (negada por las relaciones antagónicas).

En este punto se hace necesario plantear dos observaciones contenidas en la obra de Laclau¹² y que son esenciales para entender el entramado derivado de la aceptación de la contingencia de las identidades sociales:

En primer lugar, es necesario tener en cuenta que la noción de negatividad incorporada no corresponde a la negatividad propia de la dialéctica, pues dicha negatividad corresponde a una negatividad necesaria, y por lo tanto se trata de un momento de auto despliegue del concepto y debe ser absorbido en el momento de la síntesis dialéctica; lo cual contradice la postura asumida, pues en dicho caso la

¹² Laclau Ernesto, *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires Argentina, Ediciones Nueva Visión SAIC, Página 43.

negatividad es un asunto intra sistémico y por lo tanto incapaz de generar relaciones con una exterioridad radical.

En segundo lugar, afirmar que toda objetividad es en el fondo contingente no supone sostener la ausencia de toda necesidad, sino la subversión de su sentido original; pues de lo contrario se construiría un universo completamente indeterminado y la incapacidad de construir discursivamente con algo de coherencia.

Afirmar que una identidad es contingente requiere reconocer previamente su existencia. Una existencia que sin embargo no es completa ni se encuentra plenamente constituida, pues la fuerza antagónica impide su constitución en una relación permanente de amenaza.

Al impedir la constitución plena de la identidad antagonizada se niega radicalmente su necesidad; o más precisamente, la identidad solo sería necesaria si se constituyera plenamente, algo que es imposible por el carácter constitutivo del antagonismo.

En estas condiciones la contingencia no es el reverso puro de la necesidad, sino aquella impureza que impide la constitución de su identidad plena; y por lo tanto afirmar la contingencia no es negar la necesidad como mecanismo de formación de las identidades.

Esta especial relación entre necesidad y contingencia, donde las identidades se encuentran siempre parcialmente construidas y parcialmente amenazadas, donde se producen efectos de frontera que retraen y expanden los límites entre lo necesario y lo contingente, permiten la subversión permanente del orden social y anulan la existencia de un fundamento.

Así, sí bien es cierto que lo contingente impide la formación de lo necesario en última instancia, también lo es que la existencia de lo necesario subvierte el significado de lo contingente, con lo cual se presenta un espacio de indecibilidad entre ambas opciones, indecibilidad que al ser constitutiva convierte en constitutivo el antagonismo.

La existencia de este espacio no permite explicar las decisiones asumidas por los agentes sociales, pues como quiera que la decisión no obedece a una lógica de la necesidad inscrita en el interior de la estructura, la decisión como tal no surge como un proceso racional al interior del espacio social y es por tanto, ontológicamente hablando, tan fundante como la estructura misma a la que se encuentra parcialmente asociada.

Ahora bien, como quiera que las identidades no se pueden constituir plenamente por esta especial relación entre necesidad y contingencia, se evidencia que cualquier identidad está sometida a una permanente tensión en una relación de exterioridad que lo independiza parcialmente del espacio interior, pero que al mismo tiempo lo obliga a mutar y adaptarse ante el cambio de cualquier condición interior o exterior que subvierten su sentido.

Esto supone que todas las identidades dentro del espacio social son permanentemente reformuladas y modificadas debido a su carácter relacional y por tanto su capacidad de repetitividad no es infinita, surgiendo permanentemente cambios que en definitiva crean nuevas identidades.

Se hace necesario resaltar que como quiera que la determinación de la identidad del agente social no surge enteramente como un movimiento interno a partir de una lógica de la necesidad, existe entonces una autonomización parcial del mismo frente a la estructura.

Por lo anterior, el espacio en el cual se configura el sujeto como algo más que un simple movimiento al interior de la estructura es en el espacio de indecibilidad antes señalado. Como quiera que la decisión es constitutiva como se explica anteriormente, se concluye necesariamente que la construcción hegemónica que reprime la posibilidad de tomar otras decisiones es enteramente una relación de poder entre indecibilidades estructurales.

La Política

Al sostener que la decisión es tomada a partir de la existencia de una especial indecibilidad no supone asumir su irracionalidad, pues la irracionalidad no es más que el otro de la razón y no se puede construir más que a partir de la plena constitución de los dos polos.

Supone más bien que la arbitrariedad de la decisión no se pueda atar a un motivo racional necesario que garantice su preferencia ante otras decisiones posibles, sin que por ello no exista un proceso de racionalización que explique la decisión tomada.

Lo que sí supone es que cuando grupos diversos toman decisiones diversas sobre una misma temática, las relaciones que se puedan establecer entre los mismos son exclusivamente relaciones de poder; y en caso de ser contradictorias no pueden ser más que antagónicas.

Esto hace que el establecimiento de cualquier objetividad supone la represión de todo aquello excluido en su proceso de constitución: aclarando que la represión no

supone necesariamente violencia, al menos no violencia física, pues la represión es una supresión externa de algo y su sustitución por otro.

Este proceso puede fácilmente darse en un contexto educativo o de conversión sin recurrir a la violencia, aunque por supuesto puede estar presente en contextos determinados como la conversión de los indígenas latino americanos al cristianismo.

Una consecuencia directa de la aceptación de las relaciones sociales como contingentes y al mismo tiempo como relaciones de poder, conlleva la aceptación de la imposibilidad de la reconciliación plena del espacio social; pues la anulación del poder como mecanismo de configuración de las relaciones sociales supone necesariamente la disolución del cuerpo social. Este hecho nos lleva a una tercera característica presente en las relaciones sociales: la primacía de la política sobre lo social.

Recurriendo a Edmundo Husserl¹³, Laclau explica este proceso a través de las categorías de sedimentación y reactivación, aplicándolas al campo político para explicar por qué las relaciones sociales aparentemente no son antagónicas.

Así, es en el momento en que se reinscriben las relaciones entre los grupos sociales en sus tramas históricas y se muestra la radical contingencia de su emergencia en que se reactivan las luchas que permitieron la creación de la objetividad presente, y la consiguiente represión de las opciones alternativas que no alcanzaron a imponer su hegemonía social, donde se descubren los antagonismos latentes.

¹³ Husserl Edmund, *La filosofía en la crisis de la humanidad Europea*, Valencia España, Editorial Universidad de Valencia.

Sin embargo, en la medida en que las opciones reprimidas no son aquellas que lógicamente se presentaron en la lucha de poderes que generó la situación actual, sino aquellas que efectivamente se manifestaron; la reactivación de estos antagonismos no supone la re emergencia de las luchas superadas sino que permiten mostrar la contingencia de la situación actual, permitiendo al mismo tiempo una mejor comprensión histórica de las condiciones de emergencia, y validando los nuevos antagonismos y la generación de nuevas lógicas de lo social.

Así, el momento de la sedimentación de las luchas sociales, y la construcción de una aparente objetividad que determina la forma de las relaciones entre los agentes sociales es lo social, mientras que el momento de las luchas y su reactivación es el momento de lo político.

Es necesario aclarar que la relación no es lineal, pues sí bien es cierto que lo social sería un producto de lo político, también lo es que el momento de la reactivación y definición de la lucha de poderes no se hace en el aire sino que se libra teniendo como trasfondo la sedimentación de unas luchas anteriores.

Adicionalmente, sí bien es cierto que lo político es el germen que permite la formación de lo social a través del proceso de sedimentación, también lo es que este proceso es absolutamente necesario para detener las luchas, esconder las represiones de los caminos alternativos y enterrar los antagonismos para generar sociedades con gobiernos legitimados y reconciliadas al menos precariamente.

Como quiera que todas las objetividades son construidas contingentemente en el momento de las luchas políticas que la generan, el mito moderno de una sociedad completamente reconciliada consigo misma, construida sobre unas bases racionales necesarias en un proceso de auto despliegue de sus condiciones potenciales y donde se presenta la erradicación de lo político, no es más que parte del proceso de sedimentación de las condiciones de emergencia de la objetividad

europea moderna; pues todas las construcciones sociales son opacas con las condiciones de su emergencia.

Finalmente, es necesario señalar que otra característica propia de las relaciones sociales es su radical historicidad; pues sí todas las relaciones sociales se construyen de manera contingente, es evidente que no puede existir algo así como una estructura básica que explique todos los procesos sociales y que le dé un sentido último a las construcciones políticas humanas, ya que la misma estructura es construida históricamente.

Así, y enlazando lo anterior con la disertación realizada sobre la construcción de los objetos de manera social y a través de un proceso de significación relacional, se sigue que la única manera de entender históricamente cualquier cosa supone reconducirlo hasta reactivar sus condiciones contingentes de emergencia.

Los Significantes Vacíos

En las sociedades la universalidad como horizonte solo se presenta a partir de la subversión del significado de una particularidad que pasa a representarse a sí misma y a la universalidad expulsada; así mismo, hemos sostenido que la configuración de las identidades sociales es un proceso radicalmente contingente.

La operativización lógica de estos dos conceptos supone que el proceso por el cual una particularidad asume el rol de la universalidad excluida, así como la determinación misma de dicha universalidad es un proceso radicalmente contingente que es estudiado a partir de la reactivación de las relaciones de poder que lo hicieron posible.

Por supuesto, la única manera en que se puede dar este proceso es a partir de la representación de la universalidad en la particularidad específica, la representación que permite la presencia ausente de la universalidad en la estructura.

Así mismo, sabemos desde el psicoanálisis que la representación de algo que no es directamente representable solo puede darse a partir de la subversión del proceso de significación. Por esto, la representación de la universalidad en una particularidad no puede ser un proceso encarnante, pues en tal caso la particularidad seguiría siendo tal y por lo tanto no tendría la capacidad de solucionar el problema de la representación de lo irrepresentable.

Todos los medios de representación son diferenciales; solo sí se subvierte el carácter diferencial de toda unidad significativa, si los significantes son vaciados de todo vínculo significativo y pasan a representar el puro ser del sistema, es posible su representación.

Recordemos que el proceso de significación solo adquiere sentido en el momento en que la lógica diferencial y la equivalencial se cruzan y permiten la construcción de un locus indecible. En este espacio de significación la representación del ser puro del sistema solo es posible sí se anula prácticamente la dimensión diferencial y se deja vigente en su mayor plenitud la lógica de la equivalencia. Por supuesto la anulación de la lógica de la diferencia no puede ser total, pues en tal caso desaparece el proceso mismo de significación.

Así las cosas, este proceso es esencialmente inestable porque las relaciones entre las lógicas equivalencias y diferenciales es dinámico y pone permanentemente en cuestión las formas mismas de significación; con lo cual nos encontramos con una falta constitutiva (la inexistencia de la universalidad dentro sistema), pero que es al mismo tiempo necesaria para su constitución.

Todo esto supone lógicamente que la universalidad se refleja al interior del sistema a través de la generación de un espacio vacío estructurante. Este espacio es representado necesariamente por una particularidad carente de significado directo, y que por lo tanto se convierte en un significante vacío.

Pero, como se resuelve que significante vacío es el encargado de constituirse en el locus indecible que da sentido a la estructura significante? Este proceso solo se puede desarrollar en el campo de lo político, a través de las luchas de poder que determinan la objetividad que va a suprimir las diferentes alternativas no alcanzadas.

Los autores de *Hegemonía y Estrategia Socialista*¹⁴ analizan el discurso de Rosa Luxemburgo¹⁵ llevándolo hasta sus consecuencias lógicas, determinando que como quiera que todas las luchas desencadenadas en un proceso de extrema represión tienen un carácter simbólico, éstas representan al mismo tiempo la especificidad de su lucha y la oposición al régimen que reprime a todo el entramado social.

Dicha identificación es puramente simbólica, pues no es necesario que exista una interrelación objetiva entre todas las luchas parciales y concretas, sino que todas tienen la virtualidad de poner en entredicho un sistema represor; es decir, que la identificación entre las diferentes luchas parciales es puramente negativo, en tanto sólo los unifica la oposición a un enemigo en común.

En este contexto, el significado de toda lucha se encuentra internamente dividido, representando en su sentido particular la lógica de la diferencia; pero en su

¹⁴ Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal, *Hegemonía y Estrategia Socialista hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires Argentina, Fondo de Cultura Económica, Página 34 y ss.

¹⁵ Luxemburgo, Rosa; *Huelga de Masas, partido y sindicato*; Mexico D.F.; Editorial Grijalbo S. A. Página 68

representación simbólica de la oposición al régimen, representa claramente la lógica equivalencial.

Esto supone un movimiento complejo que lleva a que la singularidad de la lucha concreta este penetrada por una ambigüedad constitutiva que le permite negar parcialmente la singularidad de su identidad; y entre más prevalezca la dimensión equivalencial y más sea negada su singularidad, más posibilidades tiene de convertirse en el significante vacío que represente la vacuidad constitutiva del sistema.

Es necesario recalcar que la constitución de un significante vacío no se produce como el resultado necesario de una concatenación de circunstancias que determinan de antemano el resultado de las luchas, nada presupone que una particularidad específica debe ser la encargada de representar el vacío constitutivo del entramado social.

Este hecho es fundamental porque es el que permite la generación de las lógicas equivalenciales como fenómeno de desplazamiento de las representaciones diferenciales de las diferentes luchas; pues esta indeterminación permite que en cada una de las luchas se presenten potencialmente características equivalenciales capaces de convertir a este cuerpo en el continente de la negatividad.

Por supuesto, entre más larga sea la cadena de eventos que se funden en una cadena equivalencial, la representación de la negatividad tenderá a vaciar más de contenido al cuerpo que finalmente la representará; pues entre más larga la cadena de eventos será cada vez más reducido aquello que les permite identificarse como eventos similares y equivalentes.

Entre más larga es la cadena equivalencial, el elemento que tiende a ser expulsado es cada vez menos identificado en la especificidad de sus represiones a las diferentes luchas equivalenciadas, y más como un elemento que pretende impedir la constitución plena de la comunidad auto identificada; es decir, como un elemento anti comunidad, la maldad en estado puro, la negatividad que debe ser superada.

Pero al mismo tiempo, la plenitud de esa comunidad amenazada no puede ser representada directamente por una lucha particular que no se despoja de su especificidad, pues en esas condiciones no sería más que una lucha particular incapaz de encarnar la plenitud ausente.

Producido el vaciado del significado particular en casi su totalidad, la lucha particular subvierte su significado y representa a ojos de todas y cada una de las luchas particulares la generalidad de las luchas y permite la presencia ausente de la totalidad excluida.

Aclarado lo anterior, es necesario señalar que la única manera de entender la forma en que se determina cual de las diferentes luchas presentes va a convertirse en el significante vacío es suponer que el espacio social es desnivelado; presentando por tanto puntos específicos donde existen mayores antagonismos y donde las relaciones entre los dos tipos de lógicas señaladas son más conflictivas, y que por ello tienen una mayor potencialidad de simbolizar la lucha contra el factor represor común.

Este proceso así entendido supone la imposibilidad de determinar apriorísticamente y sin un estudio directo de las condiciones propias de emergencia de los antagonismos, cuando y donde van a surgir los significantes vacíos que representarán la ausencia constitutiva de la comunidad.

Este proceso, por medio del cual una particularidad se convierte en un significativo vacío y representa la totalidad ausente de una comunidad es una relación hegemónica; y por tanto la existencia de significantes vacíos es la condición misma de la Hegemonía.

El proceso por medio del cual se genera una nueva relación hegemónica que reemplaza el orden objetivo pre existente se puede explicar con el siguiente ejemplo: sí en una sociedad cualquiera existe una situación de desorden de tal entidad que los diferentes actores sociales perciban una crisis orgánica y la necesidad primordial de la estabilización de la situación con la re ordenación del espacio social, sin que sea relevante su contenido mismo.

En una situación de esta entidad, el concepto de orden se convierte en un significativo vacío que representa aquello que se encuentra ausente, pero que es necesario para garantizar la constitución de la comunidad en cuanto tal.

Pero como significativo vacío que es, no tiene contenido alguno pre definido, y por tanto el contenido que lo definirá, surgirá en una lucha política entre los diferentes actores sociales que aspiran que sus objetivos particulares encarnen la necesidad de orden que el entramado social requiere.

El resultado de esta lucha no se encuentra pre determinado, y por lo tanto sus resultados son precarios, pues la configuración del significativo vacío supondrá la supresión de otros caminos posibles, y la obliteración de otros actores sociales que no necesariamente desaparecen del entramado social.

La Subjetivación

Este proceso juega además un papel importante en la configuración de las subjetividades políticas, en tanto la determinación de la singularidad que se vaciará de contenido para convertirse en el significante vacío que representará la universalidad excluida dentro del entramado social supone, necesariamente, un proceso de identificación de dicho significante como aquel que representa adecuadamente los temores y aspiraciones del conglomerado social específico, y por tanto, de sus miembros.

Es decir que se presenta una identificación emocional entre el sujeto que se politiza y el significante vacío, identificación emocional que le permite al sujeto determinar su accionar político y tomar las decisiones que permiten implementar la hegemonía representada por el mencionado significante.

Este proceso de identificación supone una articulación política entre personas que en última instancia comparten exclusivamente la relación emocional que establecen con el significante vacío que se hegemoniza, pero no señala los mecanismos por los cuales se generan las diferentes posiciones de sujeto al interior de la sociedad, ni la influencia que ejerce el proceso de hegemonización en la determinación de dichas posiciones que cada uno de los individuos asume en el curso del proceso de socialización.

Por supuesto, en sentido estricto carece también de la capacidad de explicar porque la hegemonización no suprime de manera absoluta todas las posiciones de sujeto contra hegemónicas, ni como emergen las posiciones de sujeto anti hegemónicas.

Laclau analiza la formación de las identidades políticas, señalando que se forman de manera antagónica ante la presencia de un otro que impide la formación

completa de mi identidad, pero que al mismo tiempo es solo en su presencia que se consolida la misma.¹⁶

Sin embargo, él no señala la forma en que se desarrolla en la práctica la formación del individuo hegemónico, ni la forma en que la identidad política forma sujetos que no siempre toman posiciones equivalentes; pues siguiendo con nuestro ejemplo, no todos los obreros se sienten explotados por los capitalistas, ni todos los obreros se sienten satisfechos con el estado en el cual se desarrollan las obligaciones obrero patronales.

Esto quiere decir que los antagonismos sobre los que se construyen las relaciones hegemónicas no son solo relaciones objetivas entre diferentes sujetos cuyos intereses se contraponen por definición, sino que son en gran medida relaciones subjetivas donde los diferentes sujetos perciben que la incapacidad que les impide alcanzar su potencial deriva de la presencia de otro que por lo tanto los antagoniza.

Ahora bien, sí las relaciones antagónicas tienen un alto componente de subjetivación por parte de los actores sociales, el análisis de las condiciones de emergencia de una relación hegemónica a partir de la determinación de los antagonismos que le dieron origen supone un análisis de las razones que determinan por qué los grupos humanos abandonan los procesos de subjetivación específicos que han mantenido relativamente estables las sociedades hegemónicas.

A pesar que pareciera que la respuesta se encuentra en la generación de crisis orgánicas que dislocan los esquemas hegemónicos que determinan la necesidad de rearticular las particularidades a partir de la generación de nuevos significantes

¹⁶ Sergio Villalobos Ruminort, *Hegemonía y Antagonismo, el imposible fin de lo político (Conferencias de Ernesto Laclau en Chile)*. Santiago de Chile. Editorial Cuarto Propio.

vacíos; esto no es realmente una respuesta porque, precisamente, parte de la crisis orgánica se determina por la modificación de las relaciones subjetivas que se convierten en antagónicas.

Es decir que las modificaciones de las relaciones inter subjetivas, y por lo tanto de parte de las posiciones de sujeto, no son solo el resultado de la crisis orgánica sino que al menos en parte la crisis orgánica está determinada por la modificación de dichas relaciones intersubjetivas.

Por lo anterior, se hace necesario profundizar las investigaciones para determinar de manera más precisa una teoría subjetiva que se articule debidamente con la visión adoptada sobre la hegemonía como proceso constitutivo de la sociedad.

II. HEGEMONIA Y VERDAD

Aceptar que las identidades políticas surgen a partir de la existencia de una universalidad excluida, la cual se presenta como resultado de las luchas y de las diversas formas de organización del poder, supone redefinir conceptos fundamentales de la filosofía política, pues la concepción tradicional de los mismos es incompatible con este postulado.

El presente capítulo centrará su mirada en la necesidad de redefinir el concepto de verdad, y de las formas en que de manera recíproca la verdad y los fenómenos hegemónicos se influyen para configurar un espacio político específico, que hace a la vez posible la definición de las identidades políticas.

La concepción de la verdad es uno de los grandes campos de batalla de las diversas concepciones que en Occidente han pretendido explicar las formas de organización socio política; y como tal ella ha sido objeto de estudio no solo de la filosofía política, sino que ha sido un concepto transversal a todos los campos de conocimiento existentes.

Ahora bien, siguiendo a Isaiah Berlin es posible sostener que:

“Hablando en términos generales, hay dos poderosas doctrinas en el pensamiento contemporáneo: el relativismo y el determinismo. La primera, por mucho que se la haya representado como antídoto de una presuntuosa autoconfianza, de un dogmatismo arrogante y de una satisfacción consigo misma en lo que se refiere a la moral, está sin embargo fundada en una interpretación falaz de la experiencia. La segunda, por mucho que sus cadenas estén cubiertas de flores, y a pesar de

su ostentación de noble estoicismo y del esplendor y grandeza del bosque que hace del cosmos, representa, sin embargo, al universo como una prisión”¹⁷

Para las concepciones relativistas la verdad es producto de los devenires históricos y por tanto no existe una posibilidad cierta de construcción de una escala absoluta y que consulte algo así como la naturaleza humana en tanto universalidad.

Mientras tanto, las concepciones deterministas proclaman la existencia de una verdad inmanente y propia de la naturaleza humana, la cual no es influida en su construcción por las luchas políticas propias de la historia.

Dicho enfrentamiento se gesta en los orígenes mismos de la filosofía política, y ha sido simbolizada por Platón en el diálogo llamado “*Gorgias, o de la retórica*”¹⁸ que relata la versión del autor de la discusión entre Sócrates y los retóricos; donde se visualizan dos concepciones del mundo diametralmente opuestas, representando los sofistas las concepciones relativistas y subjetivistas y Sócrates las esencialistas.

Sin embargo, Jean Pierre Vernant señala lo siguiente sobre dicho punto:

Entre la Diké y los nomoi humanos la relación nunca se rompe del todo. Sin embargo algunos sofistas podrán afirmar que no existe la Dike absoluta o que, si existe, no es posible conocerla. Pero se trata de una opinión paradójica y sentida como tal. Para la mayoría de los griegos, los nomoi son humanos, están sujetos a

¹⁷ Berlin Isaiah, *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid, España. Editorial Alianza Editorial S,A., Págs. 174 – 175.

¹⁸ Platón, *Diálogos*, Ciudad de México. Editorial Espasa Calpe Mexicana, S.A., decimonovena Edición. Págs. 143 – 243.

discusión e incluso a revisión, pero sin embargo no están radicalmente separados de la Dike divina.”¹⁹

Es claro entonces que, por lo menos en términos de verdad, los sofistas no llegaron tan lejos como para poner en tela de juicio la existencia de una verdad absoluta e inmanente, sino que criticaron exclusivamente desde lo discursivo la posibilidad real de acceso a dicha categoría.

Según Karl Popper, es en la adaptación filosófica que David Hume hace a las críticas que el Obispo de Berkeley le hace a las teorías científicas copernicana y newtoniana como sistemas descriptivos de la realidad, donde se construye filosóficamente el relativismo como corriente de pensamiento crítico. Textualmente Popper sostiene:

“En la época de Berkeley, el sistema copernicano del mundo había dado origen a la teoría de la gravitación de Newton, y Berkeley veía en ésta una seria competidora de la religión. Estaba convencido de que se produciría una declinación de la fe religiosa y de la autoridad religiosa en caso de ser correcta la interpretación de la nueva ciencia de los “Librepensadores”; pues estos veían en su éxito una prueba del poder del intelecto humano, sin ayuda de la revelación divina, para descubrir los secretos del mundo, la realidad oculta de sus apariencias.

Berkeley consideraba que eso era interpretar mal la nueva ciencia. Analizó la teoría de Newton con total honestidad y gran penetración filosófica; y el examen crítico de los conceptos newtonianos lo convenció de que esta teoría no podía ser más que “una hipótesis matemática”, esto es, un instrumento conveniente para el

¹⁹ Vernant Jean Pierre, *Mito y Sociedad en la Grecia Antigua*, Madrid España. Editorial Siglo Veintiuno de España Editores S.A., Cuarta Edición en español. Pag 83.

cálculo y la predicción de los fenómenos o apariencias; que no podía ser tomada, en modo alguno, como una descripción verdadera de algo real.

La crítica de Berkeley fue ignorada por los físicos, pero fue considerada por los filósofos, tanto escépticos como religiosos. Como arma, resultó ser un bumerang. En manos de Hume, se convirtió en una amenaza para toda creencia, para todo conocimiento, humano o revelado.²⁰

En la modernidad europea, las principales corrientes filosóficas deterministas son los diferentes tipos de marxismo y también las corrientes hegelianas y kantianas; quienes señalan con claridad la existencia de unos mecanismos específicos accesibles al conocimiento, que permiten explicar el sentido de la historia, y, por lo tanto, desarrollar instrumentos adecuados para conocer la forma en que realmente funciona la realidad.

Este sentido único por supuesto produce unos efectos de verdad en el estricto sentido de la cientificidad natural, al presuponer la existencia de unas formas propias de organización de lo social cuya existencia es extra histórica, y que su proceso de formación no es influenciado por las diferentes etapas históricas de la humanidad ni por sus conflictos.

De hecho, esos mecanismos son los que dan sentido a la historia y permiten su inteligibilidad, al determinar las diferentes etapas que en el proceso histórico se tienen que agotar para lograr la plena reconciliación de la humanidad con su destino histórico, proceso que además da sentido a todas las injusticias aparentes.

²⁰ Popper, Karl. *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y Refutaciones*. Editorial Paidós S.A.I.C.F. Págs. 117 – 118.

En estas corrientes la verdad es una sola y el proceso de conocimiento presupone el descubrimiento de una verdad preexistente que se independiza de la capacidad humana de aprehenderla.

En cambio, el relativismo se integra fundamentalmente por las corrientes románticas e irracionistas presentes en el pensamiento filosófico occidental, y pueden ser representadas por las obras de Nietzsche y de Heidegger, quienes impugnaron la existencia de un plano extra histórico capaz de explicar las formas en que se desarrolla la historia humana, al tiempo que reivindicaron la capacidad de los seres humanos de influir en las formas de conformación e interpretación de las realidades históricas.

Por supuesto, la construcción de la verdad en un universo filosófico generado a partir de la configuración hegemónica de las identidades políticas no puede ser enmarcada en corrientes deterministas por cuanto su concepción de dichas identidades presupone la inexistencia de una realidad última capaz de dar sentido a todo el proceso histórico.

El horizonte político analizado en el capítulo 1 del presente documento es esencialmente relativista, y solo puede interpretarse adecuadamente en un contexto de construcción de la verdad como parte del mismo proceso histórico, so pena de conservar vestigios deterministas y esencialistas que no permiten levantar un edificio teórico coherente.

Antes de continuar se hace necesario abordar un horizonte filosófico posible, que debe ser analizado como el único caso en el que se podría intentar compatibilizar la construcción de identidades políticas hegemónicas con la existencia de un espacio de verdad desde una perspectiva esencialista.

Este caso se refiere a la interpretación que Isaiah Berlín hace del pensamiento de John Stuart Mill, al señalar lo siguiente:

“Mill continua diciendo que una opinión considerada como falsa puede ser, no obstante, parcialmente verdadera porque no hay una verdad absoluta sino solo diferentes caminos hacia ella; la supresión de una falsedad aparente también puede destruir lo que hay de verdadero en ella, para daño de la humanidad.”²¹

De donde se deduce que para Mill la verdad es un asunto que supera la capacidad predictiva del ser humano, y la necesidad de evitar la supresión de las falsedades surge necesariamente de la incapacidad de determinar con los instrumentos con los que se cuenta sí las mismas cuentan con algún atisbo de verdad que merezca ser conservado.

Supone sin embargo, que la verdad no es algo creado por el ser humano en el desarrollo de su proceso histórico, sino que es algo pre existente que puede residir en cualquier construcción discursiva; criticando la supresión de los discursos errados desde una perspectiva utilitarista y por temor a suprimir la verdad misma que en el puede subyacer.

Dicha afirmación hunde sus raíces en parte de la escolástica medieval, pues algunos autores católicos negaron la posibilidad de los seres humanos de acceder a la verdad por cuanto los caminos divinos son insondables.

Esto es, existe una verdad que trasciende al ser humano, su posibilidad de existencia es extra histórica pero el ser humano no puede tener acceso a la misma²².

²¹ Op cit., Pag. 259

²² Salvo a través de la revelación, pero este tema fue analizado en el capítulo anterior.

Esta corriente de pensamiento debe ser desechada en la perspectiva de la construcción hegemónica de las identidades, pues la incapacidad del ser humano de acceder a la explicación correcta sobre la conformación de las identidades políticas no anula las objeciones hechas a las perspectivas deterministas, sino que por el contrario las agudiza.

De hecho, esa perspectiva elimina el problema negando la posibilidad de una solución, y condenando los análisis políticos a metodologías puramente descriptivas sin posibilidades reales de interpretación de la realidad y de acceso a los mecanismos que posibilitan las condiciones de existencia de la verdad.

Aclarado este punto, se hace necesario analizar los efectos que se derivan de la eliminación de las percepciones deterministas sobre la construcción de la verdad.

La aceptación del relativismo como horizonte de reflexión sobre dicho fenómeno requiere una reflexión sobre la forma en que nace la verdad.

Cómo nace la verdad

Al respecto, Federico Nietzsche, en la *Gaya Ciencia* ha sostenido lo siguiente, criticando la visión spinoziana del conocimiento:

“Antes de ser posible un conocimiento, cada uno de estos instintos ha tenido que proferir previamente su parecer unilateral acerca de la cosa o de un acontecimiento; luego surgió la lucha entre unilateralidades, y a partir de ella, algunas veces se alcanzó un punto medio, un apaciguamiento, un dar razón a cada una de las tres partes [reír, llorar y odiar] , una especie de justicia y de

*contrato: pues cada uno de estos instintos pueden afirmarse en la existencia mediante la justicia y el contrato, y mantener sus derechos entre sí.*²³

De donde es fácil deducir que el conocimiento, y por tanto la verdad, no son fenómenos ubicados fuera del ser humano y preexistentes al mismo; por el contrario, ambos fenómenos son producto de la experiencialidad humana y existen como un compromiso entre diferentes emociones del ser humano.

De hecho, en un texto de Nietzsche citado por Foucault que no identifica plenamente, se lee lo siguiente:

*“En algún punto perdido del universo, cuyo resplandor se extiende a innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que unos animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue aquel el instante más mentiroso y arrogante de la historia universal”*²⁴.

Por supuesto, en tanto el conocimiento, y la misma verdad, sean creados por el ser humano como producto de un delicado equilibrio entre las diferentes emociones que regulan su comportamiento, la verdad se convierte en un momento interno al desarrollo de su proceso histórico; y como consecuencia lógica del análisis del proceso de formación de las identidades hegemónicas analizado en el capítulo anterior, contingente.

El carácter contingente de la verdad supone dos consecuencias cruciales para el planteamiento que se está desarrollando; la primera de las cuales parte de la aceptación que en tanto fenómeno contingente la verdad no es inmanente al ser

²³ Nietzsche, Friedrich, *La Gaya Scienza*, Parágrafo 333, Caracas Venezuela. Editorial Monte Ávila Editores C.A., Primera Edición en español. Pág. 191.

²⁴ Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona España. Editorial Gedisa S.A., Quinta Reimpresión 1998. Pág. 19.

humano, y por lo tanto las formas de su configuración dependen exclusivamente de las formas en que se equilibran y se equilibran permanentemente las emociones humanas.

Aún más, en tanto fenómeno contingente es dable pensar en la configuración de un mundo en el cual el equilibrio de las emociones señalado por Nietzsche se hubiese logrado en un compromiso divergente al conocimiento, impidiendo la formación de la verdad como fenómeno relevante en el desarrollo histórico.

La segunda consecuencia estriba en que la verdad existe en tanto tiene una utilidad específica que optimiza la capacidad del ser humano de desarrollar procesos que garantizan su reproducción como especie; es decir, en la medida en que es una estrategia adaptativa adecuada.

Siendo nuevamente posible un mundo en el cual el conocimiento deje de ser un activo y en lugar de convertirse en una estrategia adaptativa efectiva se convierta en un riesgo real o potencial para la supervivencia de la especie humana.

Quedando abierto un serio interrogante sobre sí en la actualidad, y de cara a los riesgos ciertos derivados de la aplicación de la energía nuclear, no es posible el desarrollo de sociedades con individuos humanos que se acerquen a dicho fenómeno.

Ahora bien, cuáles son esas condiciones históricas que han convertido al conocimiento como portador de la verdad en una estrategia adaptativa eficiente? Que ha hecho que el delicado equilibrio señalado por Nietzsche se mantenga incólume?

Esta respuesta encuentra sus orígenes, creo yo, en un texto de la *Gaya Ciencia*:

“No solo la utilidad y el placer, sino todo tipo de instintos tomaron partido en la lucha por las verdades; la lucha intelectual se convirtió en quehacer, estímulo, profesión, obligación, dignidad: el conocimiento y la aspiración a la verdad se dispusieron finalmente en su lugar, como algo que se ha menester entre las otras menesterosidades.”

Es decir que la lucha intelectual es una prolongación de las luchas militares y políticas que determinan el decurso de la historia, pero englobando todos estos mecanismos como elementos al servicio de la construcción de un discurso de verdad que permite que las luchas adquieran sentido y las atrocidades sean elevadas a hechos heroicos.

En dicho texto sostiene también Nietzsche:

A partir de entonces, no solo la creencia y la convicción fueron un poder, sino también la prueba, la negación la desconfianza, la contradicción; todos los instintos malvados quedaron subordinados al conocimiento, puestos a su servicio, y recibieron el brillo de lo permitido, distinguido, útil y, por último, la aureola y la inocencia de lo bueno. El conocimiento se convirtió en un trozo de vida misma y, en tanto vida, en un poder que crecía continuamente: hasta que finalmente chocaron entre sí los conocimientos y aquellos antiguos errores básicos, siendo considerados ambos como vida, como poder, existiendo ambos en los mismos hombres.”²⁵

Es decir, que aquel primitivo equilibrio que le garantizó a las emociones básicas del ser humano un acuerdo mínimo capaz de conservar las diversas expresiones emocionales del hombre en relativa armonía produjo unos efectos de poder lo suficientemente capaces de garantizar dinámicas de supervivencia adecuadas.

²⁵ Nietzsche, Friedrich, *La Gaya Scienza*, Parágrafo 110, Caracas Venezuela. Editorial Monte Ávila Editores C.A., Primera Edición en español. Pág. 106.

Así, en tanto la verdad se entronizó como parte de los elementos que determinaron la forma de reparto de poder en los conglomerados sociales, se evidencia que su análisis no se debe hacer de una manera diferente a como se analizan otros fenómenos sociales capaces de generar efectos de poder.

Se hace necesario entonces, abordar el análisis de la verdad desde una perspectiva básicamente política, donde se estudie como el resultado de la política del enunciado, y por lo tanto no con una mirada dialéctica ni semántica, porque la verdad no se encuentra al nivel de la lógica o de los significados sino al nivel de las luchas.

Se debe realizar un análisis de la inteligibilidad de las luchas, de las tácticas y estrategias que se despliegan, pues la verdad se convierte un campo más de combate; combate cuyo resultado determina el conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso; vinculándose necesariamente y de manera circular al poder.

Esto significa por supuesto que la verdad genera y se genera a partir de las formas de articulación del poder en las sociedades, y genera regímenes discursivos que explican las reglas que distinguen lo verdadero de lo falso.

Así mismo, supone que la verdad, como instrumento de poder, debe reproducirse y cambiar permanentemente para garantizar su adaptabilidad a las necesidades siempre cambiantes del control social.

Se hace necesario abordar el análisis de la verdad desde una perspectiva Foucaultiana, entendiéndola como un conjunto de procedimientos reglados por la

producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación y el funcionamiento de los enunciados.²⁶

Foucault, poder y verdad

Para Foucault el poder no es algo mágico que resida en el estado y como tal se pueda poseer, ni tiene como única finalidad la prohibición de las conductas humanas; más bien el poder es parte integrante de las relaciones humanas y tienen una función creadora.

Esta función permite recrear y redirigir los procesos políticos y productivos de tal manera que modele a los sujetos para que los mismos reproduzcan las condiciones de posibilidad que permiten asegurar los esquemas de poder vigentes.

En las propias palabras de Foucault:

“En tercer lugar, tales poderes específicos, regionales, de ninguna manera tienen como función principal prohibir, impedir, decir: no debes. La función primaria, esencial y permanente de esos poderes locales y regionales es, en realidad, ser productores de una eficacia, de una aptitud, productores de un producto.”²⁷

Para señalar en dicha obra, más adelante que:

“Se cae en cuenta, en consecuencia, de que la relación del poder con el súbdito (sujet) o, menor, con el individuo, no debe ser simplemente esa forma de sujeción

²⁶ Foucault, Michel, Estrategias de poder; traducción Fernando Álvarez Úria y Julia Varela, Barcelona, España: Ediciones Paidós ibérica S.A.

²⁷ Foucault, Michel, Estética, Ética y Hermenéutica; traducción Ángel Gabilondo, Barcelona, España: Ediciones Paidós ibérica S.A. Pág. 240

*(sujétion) que permite al poder quitarle al súbdito los bienes, las riquezas y eventualmente su cuerpo y su sangre, sino que el poder se debe ejercer sobre los individuos en tanto que constituyen una especie de entidad biológica que se debe tomar en consideración, sí queremos utilizar a esta población como maquinas para producir, producir riquezas, bienes, para producir otros individuos*²⁸

El poder no es entonces, solo un mecanismo que permite diseñar reglas y leyes capaces de impedir y reprimir los deseos de los individuos, sino que se convierte en un mecanismo productor.

Así, su ámbito de acción no se reduce exclusivamente al ámbito jurídico, sino que se ve obligado a participar en todos los procesos colectivos de construcción social; incluyendo los procesos que determinan las formas de interpretar los fenómenos sociales, políticos, culturales y científicos que impactan a cada grupo humano.

Desde esta perspectiva, cuando se presentan cambios en las formas de interpretación de los procesos socio económicos y político culturales al interior de un grupo social, los mismos deben interpretarse como resultado de variaciones en los juegos de poder y no como profundizaciones y refutaciones propias de la evolución de las ciencias naturales o sociales.

Siguiendo a Nietzsche, Foucault entiende que no existe algo así como una realidad objetiva a la que se pueda tener acceso, y que los esquemas científicos no buscan el descubrimiento de la verdad como realidad exterior a los procesos de conformación de sus enunciados, sino que los mismos conforman unos regímenes de verdad.

²⁸ Op cit. Pag 245 – 246

“No es por tanto un cambio de contenido (refutación de antiguos errores, formulación de nuevas verdades), ni tampoco una alteración de la forma teórica (renovación de los paradigmas, modificación de los conjuntos sistemáticos); lo que hay que preguntarse es que es lo que rige los enunciados, y como se rigen unos a otros, para constituir un conjunto de proposiciones aceptables científicamente, y susceptibles, en consecuencia, de ser verificadas o invalidadas mediante procedimientos científicos. El problema es un problema de régimen, de política de los enunciados científicos”²⁹

Por lo tanto, estos regímenes se construyen y deconstruyen como producto de las luchas políticas que determinan las formas propias en que se deben interpretar la realidad, en un proceso complejo de auto implicación.

Proceso donde las tecnologías de poder establecen las condiciones necesarias para la constitución y evolución de los regímenes de verdad, pero al mismo tiempo dichos regímenes determinan las condiciones de posibilidad en las que se desarrollan dichas tecnologías.

Adicionalmente, el proceso de auto implicación determina que los regímenes de verdad no son un receptor vacío de los efectos propios de las luchas de poder, sino que más bien son parte integral de las mismas.

Por lo cual, sí bien es cierto que las condiciones en que se resuelven las luchas de poder específicas construyen los mecanismos que explican las formas de construcción de los regímenes de verdad en los diferentes entramados sociales, también lo es que dichos regímenes pasan a ser necesariamente soportes de poder y por lo tanto sus postulados construyen espacios de poder y tienen la capacidad para deconstruir los mecanismos que los soportan.

²⁹ Foucault, Michel, Estrategias de poder; traducción Fernando Álvarez Úria y Julia Varela, Barcelona, España; Ediciones Paidós ibérica S.A. Pág. 44

Analizar los regímenes de verdad a partir de sus estructuras internas en un proceso auto contenido, daría solo una versión parcial y distorsionada que esconde los procesos políticos que determinan sus formas específicas de emergencia; imposibilitando también entender cabalmente las razones que explican los cambios que le son inducidos desde el exterior.

Entonces se requiere una modificación en los mecanismos que se han utilizado tradicionalmente para analizar las formas de construcción de los regímenes de verdad y de los discursos científicos, políticos y filosóficos que han predominado en las sociedades humanas, remplazándolos por los que tradicionalmente se han utilizado para entender las luchas políticas y militares propias de cada época histórica.

Así, Foucault propone analizar los procesos de configuración de los regímenes de verdad a través del análisis de las tácticas, estrategias y luchas que subyacen en los orígenes de los procesos políticos que sustentan los mismos; los cuales además se encuentran insertos en la estructura misma de la verdad, pero han sido olvidados como una estrategia básica para garantizar la supervivencia de las estructuras de poder.

“De aquí mi rechazo a análisis que se refieren al campo simbólico o al ámbito de las estructuras significantes; y de ahí la necesidad de recurrir a los análisis hechos en términos de genealogía, de relaciones de fuerza, de desarrollos estratégicos, de tácticas. A mi juicio no hay que referirse al gran modelo de la lengua y de los signos, sino al de la guerra y la batalla. La historicidad que nos arrastra y nos determina es belicosa, no es parlanchina. De ahí la centralidad de la relación de poder, y no de la relación de sentido.”³⁰

³⁰ Foucault, Michel, Estrategias de poder; traducción Fernando Álvarez Úria y Julia Varela, Barcelona, España; Ediciones Paidós ibérica S.A. Pág. 45

Este análisis conlleva inevitablemente a la siguiente conclusión de Foucault:

“La historia no tiene sentido, lo que no quiere decir que sea absurda o incoherente; es, por el contrario, inteligible y se debe poder analizar en sus mínimos detalles, pero a partir de la inteligibilidad de las luchas, de las estrategias y de las tácticas.”³¹

Sí la verdad es en esencia un régimen que se constituye como resultado de las luchas políticas, y su análisis debe hacerse a partir de las tácticas y estrategias propias de las formas de constitución de la historicidad particular de cada sociedad; se evidencia la inexistencia de un orden subyacente que por sí mismo tenga la capacidad de explicar las formas en que la realidad se operativiza en las sociedades particulares.

La constructora de regímenes de verdad

Analizar las formas en que se construyen los regímenes de verdad supone mostrar las formas en que los diferentes saberes de las sociedades o movimientos sociales vencidos han sido sometidos; alejando sus relaciones de un aparente movimiento epistémico que permite determinar cuál de estos saberes es una representación adecuada de la realidad, y cual es simplemente una superstición, o en todo caso, una deformación de la verdad como realidad inmanente.

Significa entonces, reencontrar el sentido original de las luchas que han permitido la formación de los regímenes de verdad que en una sociedad determinada interpretan los acontecimientos, en lo que Foucault ha denominado la insurrección de los saberes sometidos.

³¹ Op. Cit.

Supone reelaborar la historia y génesis de las sociedades para entender que los saberes son sometidos no por su pertinencia o porque los mismos no correspondan a una interpretación transparente de la realidad, sino porque los mismos hicieron parte del acervo cultural de unos actores específicos e históricamente determinados que fueron vencidos en las luchas que determinaron los horizontes de posibilidad de grupos humanos específicos.

Este proceso permite interpretar las instituciones políticas no como el resultado de un proceso armónico y lógico correspondiente al auto despliegue de sus condiciones de existencia, sino más bien como el resultado de unas luchas sangrientas que finalizan con la instalación de unas instituciones que garantizan la perpetuación del resultado de dichas luchas.

Foucault, para explicar este proceso,³² señala que se hace necesario invertir el célebre aforismo de Clausewitz, y entender que la política es la guerra por otros medios. De lo cual él extrae tres conclusiones: en primer lugar, que las relaciones de poder de las sociedades actuales obtienen su punto de anclaje en el resultado de cierta relación de fuerza derivada de una guerra determinada e históricamente identificable.

En segundo lugar, determina que en tanto las instituciones políticas son el resultado de una cierta relación de fuerzas producto de una guerra; las luchas de poder, las formas de interrelación política, los cambios en la correlación de fuerzas, las relaciones entre el Estado y sus súbditos así como entre las diferentes colectividades políticas son simplemente una secuela de la guerra.

³² Foucault, Michel, *Defender la Sociedad*, Curso en el College de France; traducción Horacio Pons, Ciudad de México; México; Fondo de Cultura Económica, 2006. Pag. 28 – 29.

La inversión del aforismo de Clausewitz supone que la definición de las luchas políticas desplegadas al interior de un conglomerado social se resolverán nuevamente en una próxima batalla que cristalizará una nueva realidad política

Si lo anteriormente señalado se ajusta a la realidad, y la verdad debe analizarse a partir de las luchas que le dan sentido a través de un análisis genealógico que permita reactivar las luchas que le dan origen. Estamos en el terreno en el que Laclau aplica a las relaciones sociales dos categorías de Husserl: reactivación y sedimentación.

Por lo tanto, cuando se dislocan las estructuras sociales de tal manera que entran en crisis las relaciones hegemónicas; se desatan nuevas luchas políticas y militares al interior de los conglomerados sociales para construir el contenido de los significantes vacíos necesarios para superar la crisis orgánica presentada.

Estas luchas no solo supondrán la definición del nuevo equilibrio de poder entre los diferentes actores políticos; sino también el sometimiento de los saberes propios de los actores políticos desplazados, para garantizar la construcción de nuevos regímenes de verdad que permitan la sedimentación de las luchas libradas, y por lo tanto la legitimación del régimen político triunfante.

Ahora bien, el sistema político triunfante debe tener una capacidad resiliente para incorporar saberes y tecnologías novedosas en los regímenes de verdad que ha generado, redefiniendo permanentemente las consecuencias derivadas de su aplicabilidad, sin poner en cuestión los fundamentos mismos del sistema.

Esta capacidad resiliente es la que permite la sedimentación de las luchas desplegadas y la generación de una apariencia de civilidad y armonía en el desarrollo de las instituciones políticas que sustentan el régimen triunfante;

garantizando su legitimidad del mismo y permitiendo restringir el uso de la fuerza para situaciones excepcionales.

Estas situaciones excepcionales son, de todas maneras, explicadas por los regímenes de verdad que soportan el resultado de las luchas políticas, pues la apariencia del uso de la fuerza por la fuerza es quizá, el primer síntoma del inicio de la dislocación de las corrientes hegemónicas dominantes.

La verdad, un mecanismo hegemónico y contra hegemónico

Los regímenes de verdad se construyen con la finalidad de preservar los resultados de las luchas que generan los regímenes hegemónicos imperantes, pero de una manera especial; pues es más oneroso y genera espacios sociales más inestables mantener una construcción histórica donde se identifiquen las posiciones en la jerarquización social, las formas de organización de los espacios políticos y los diferentes roles que juegan los individuos en los procesos de toma de decisiones, como parte de los resultados de los combates incesantes que generaron dichos procesos hegemónicos.

Dichos regímenes buscan enmascarar que las instituciones que arbitran los conflictos sociales, políticos y culturales en el nuevo sistema imperante son creadas con la finalidad de perpetuar el resultado de unas luchas políticas y militares específicas, y que por lo tanto no tienen la intención ni la finalidad de realizar construcciones políticamente neutrales que garanticen un reparto equitativo del poder entre todos los habitantes de un espacio geo político determinado.

En Occidente los regímenes de verdad han provocado dicho proceso de sedimentación a partir de la construcción de discursos históricos que validan los

regímenes políticos como la consecuencia lógica de un proceso de auto despliegue de las condiciones iniciales de la humanidad; las cuales han llegado al régimen político imperante como resultado de una evolución inevitable de las condiciones de posibilidad de la humanidad misma.

Proceso cuya construcción no es responsabilidad de los seres humanos, sino que es el resultado de mecanismos subyacentes incorporados a la trama misma de la historia de la humanidad; y que por tanto le da un sentido específico que valida las escalas valorativas, éticas y filosóficas que apuntalan las formas de reparto de poder propias de las formaciones hegemónicas dominantes.

En el desarrollo de dicho proceso las luchas que se libraron y que determinaron el ascenso de los grupos sociales dominantes son poco más que obras de teatro sangrientas, donde la historia, la verdad, el desarrollo de las fuerzas productivas o incluso la divinidad han decidido de antemano el resultado de los combates; y por lo tanto quienes perdieron las guerras no lo hicieron por errores tácticos o estratégicos cometidos, ni por un azar en un mundo de por sí contingente, sino que perdieron por su oposición a los mecanismos extra históricos y extra fácticos que dirigen la historia.

Este planteamiento supone que la historia es el primer campo donde se desarrollan las luchas por la hegemonía, y que por lo tanto es también la primera víctima al final de las luchas; pues ha de ser remodelada y reinterpretada para servir de soporte a los nuevos regímenes de verdad y a los nuevos grupos sociales predominantes.

Este proceso se acerca a la descripción del trabajo realizado por el Ministerio de la Verdad en la clásica obra de George Orwell "1984", donde la historia es continuamente remodelada para adaptarse a las diversas luchas de poder dentro y fuera de Eurasia; jugando además un papel crucial los mecanismos que consiguen

legitimar dichos cambios no como un reemplazo de paradigmas ideológicos, económicos o políticos, sino como una profundización de los procesos investigativos que han permitido descubrir realidades antes ocultas.

Por lo tanto, y retomando una idea de Slavoj Žižek, la historia como campo de batalla y de reconfiguración del pasado empieza a ser construida de una manera retroactiva; no porque los hechos sean exactamente inventados, sino porque las interpretaciones sobre la importancia de los hechos históricos, y la construcción de las cadenas causales que explican las formas de configuración del presente como consecuencia de las influencias del pasado se modelan y remodelan permanentemente en beneficio de los nuevos paradigmas hegemónicos.

Sin embargo, este no es el único papel que desempeña la verdad en la configuración de los espacios hegemónicos; pues se evidencia que sí la interpretación histórica, y la configuración de los mecanismos que garantizan la circulación de los regímenes de verdad son cruciales para la sedimentación de la luchas, y la legitimación de las formas de configuración política, también lo es que son espacios de necesaria colonización para la construcción de discursos anti hegemónicos y contra hegemónicos que pretendan desestabilizar las formas predominantes de organización y recircularización de las tecnologías de poder.

Así, las crisis orgánicas que desestabilizan los bloques hegemónicos que dirigen los conglomerados humanos, suponen un déficit de legitimidad en los procesos políticos predominantes; y por lo tanto una dislocación de los regímenes de verdad, los cuales se ven desbordados por factores externos que modifican las formas de circulación del poder, y ponen en entredicho el resultado de las luchas que son su soporte, y por lo tanto superan su capacidad de resiliencia.

En estas condiciones, es posible invertir la famosa expresión de Gramsci según la cual la verdad es siempre revolucionaria, pues en un contexto de crisis orgánica

de las relaciones hegemónicas, cada grupo revolucionario contiene una nueva esperanza de reconfiguración de los espacios políticos cuya finalidad es generar unos nuevos regímenes de verdad que garanticen la predominancia de sus intereses en la nueva configuración de los factores reales de poder que establezcan dicho espacio social.

Dicho de otra manera, en el momento en que los factores de poder que sostienen un bloque hegemónico entran en crisis, las nuevas luchas de poder no solo se desarrollan desde una perspectiva militar o política, sino que se reflejan en una lucha entre diferentes regímenes de verdad que compiten por la construcción de nuevas legitimidades que apoyen los esfuerzos bélicos o políticos, y que por lo tanto supongan una ventaja táctica e incluso estratégica que determine el resultado de la constitución de las nuevas hegemonías en formación.

Adicionalmente, los regímenes de verdad tienen un efecto específico en la construcción de las identidades políticas; pues sí excluimos el caso de exterminio de todos los competidores políticos, la construcción de los regímenes de verdad es producto de algún tipo de compromiso entre los diferentes grupos sociales que se coaligan en las luchas que determinan el surgimiento de los bloques hegemónicos predominantes.

Este compromiso permite una construcción incluyente de los regímenes de verdad que les asegure a los diferentes grupos coaligados un papel en las instituciones triunfantes, y por lo tanto un papel en el ejercicio de los mecanismos de poder en construcción.

Esta construcción incluyente supone una rememoración histórica especial que no es completamente monolítica, pero que al mismo tiempo tiene que reconducirse de una manera lógica que permita contar una historia coherente; y por lo tanto solo se puede hacer recurriendo a figuras literarias como la metáfora.

Sin embargo, en la medida en que se sedimentan las luchas que dan origen a las construcciones hegemónicas, dichas metáforas también se olvidan y las construcciones históricas compromisarias pasan a ser interpretadas como realidades inmanentes, modificando el resultado de las luchas y generando una mayor coherencia entre los diferentes grupos sociales que participaron en la construcción de las hegemonías predominantes.

Esta incapacidad estructural de eliminar las pruebas de esta lucha, así como el surgimiento permanente de nuevas tecnologías de poder que hacen obsoletas las formas tradicionales de circulación del poder y de los discursos de verdad, son las que garantizan que a largo plazo todos los bloques hegemónicos se desgastan y se reactivan las luchas políticas y militares que terminan por determinar el perpetuo surgimiento de nuevas luchas en un proceso que no es posible interrumpir.

No sobra señalar que los regímenes de verdad enmascaran, pero no eliminan, los resultados de las luchas que generaron los nuevos espacios hegemónicos, y por lo tanto siempre es posible reactivar dichas luchas y mostrar las formas en que las instituciones políticas predominantes perpetúan el resultado de las luchas que determinaron su conformación; proceso que por supuesto ataca las bases mismas del sistema político y pone en entredicho las formas de legitimidad que han construido.

Finalmente, esto supone que la forma correcta de iniciar procesos investigativos que permitan determinar las formas en que surgen las sociedades debe estar precedido por un verdadero análisis de las condiciones de emergencia, en sentido Kantiano, así como de una comparación entre los regímenes de verdad que se incorporan en las tramas históricas y vehiculan las luchas que deciden las formas de hegemonización de los múltiples discursos de verdad que (salvo el caso de

extinción social de los grupos o pueblos perdedores) establecen compromisos políticos que permitan articular dichos discursos en la construcción de las nuevas tramas discursivas que serán impuestas y aceptadas como el discurso de verdad que valida todos los actos sociales

III. EL DISCURSO HEGEMÓNICO DE LA MODERNIDAD

Todo el análisis hecho en los capítulos anteriores carece de sentido si no se refiere a periodos y épocas determinadas que permitan analizar las formas específicas en que los procesos políticos y las luchas antagónicas generan la formación de procesos hegemónicos y determinan la construcción permanente de discursos de verdad.

Un modo de abordar las formas hegemónicas de la modernidad consiste en realizar una reinterpretación, y por lo tanto una subversión, en las tradicionales maneras de entender la obra de Marx respecto a las formas históricas de aprehender la realidad; según la cual en la antigüedad la política era el imaginario que explicaba la forma en que funcionaban sus instituciones, y que la religión cumplía ese papel en la Edad Media.³³

*“Por eso, esta concepción solo acierta a ver en la historia las acciones políticas de los caudillos y del Estado, las luchas religiosas y las luchas teóricas en general, y se ve obligada a compartir, especialmente, en cada época histórica, **las ilusiones de esta época**. Por ejemplo, una época se imagina que se mueve por motivos puramente “políticos” o “religiosos”, a pesar de que la “religión” o la “política” son simplemente **las formas de sus motivos reales**: pues bien, el historiador de la época de que se trata acepta sin más tales opiniones. Lo que estos determinados hombres se “figuraron”, se “imaginaron” acerca de su práctica real se convierte en **la única potencia determinante y activa que dominaba y***

³³ Política y religión obran al modo como lo hacen los imaginarios instituyente en la teoría crítica de Cornelius Castoriadis. Ver al respecto *La Institución imaginaria de la sociedad*.

determinaba la práctica de esos hombres³⁴. (Negrillas y subrayado fuera de texto)

Para surtir este proceso de subversión, y como un corolario necesario al horizonte político señalado en los dos capítulos precedentes, se usara un análisis genealógico de la historia de conformación de los estados europeos desde la caída del Imperio Romano en occidente hasta el nacimiento de los Estados Burgueses de la modernidad, con especial énfasis al caso Francés; buscando encontrar en las luchas y alianzas que determinaron la configuración de dichas unidades políticas, las razones que explican la emergencia de la burguesía y la hegemonización de los discursos que justifican su preeminencia en el debate político.

Este método de análisis es proveído por la obra de Foucault, quien entiende el papel de la historia en el proceso genealógico en los siguientes términos:

*“El genealogista tiene necesidad de la historia para conjurar la quimera del origen, un poco como el buen filósofo tiene necesidad del médico para conjurar la sobra del alma. Hay que saber reconocer los acontecimientos de la historia, sus sacudidas, sus sorpresas, las vacilantes victorias, las derrotas mal digeridas, que explican los comienzos, los atavismos y las herencias; hay que saber diagnosticar las enfermedades del cuerpo, los estados de debilidad y de energía, sus fisuras y resistencias, para juzgar lo que es un discurso filosófico. La historia, con sus intensidades, sus desfallecimientos, sus furores secretos, sus grandes agitaciones febriles tanto como sus síncofes, es el cuerpo mismo del devenir.”*³⁵

³⁴ Marx, Karl; Engels, Frederich, *La Ideología Alemana*, Editor Rojo, Págs. 39 – 40.

³⁵ Foucault, Michel, *Nietzsche, la filosofía, la historia*, Valencia España, Pre – Textos, Págs. 23 – 24.

Señalando a continuación cómo dicho análisis supone necesariamente buscar en el cambio de las correlaciones de fuerza entre los diferentes conglomerados sociales en competencia, la emergencia del presente.

“La emergencia se produce siempre en un cierto estado de las fuerzas. El análisis de la Entstehung debe mostrar el juego, la manera en que lucha unas contra otras, o el combate que llevan a cabo frente a circunstancias adversas, o también la tentativa que realizan – dividiéndose contra ellas mismas – para escapar a la degeneración y recuperar el vigor a partir de su propio debilitamiento. Por ejemplo, la emergencia de de una especie (animal o humana) y su solidez están aseguradas “por un largo combate contra unas condiciones constante y esencialmente desfavorables” (...) La emergencia es pues, la entrada en escena de las fuerzas; su irrupción, el impulso por el que saltan a primer plano, cada uno con su propio vigor, su juventud”³⁶

El método genealógico puede entonces, subvertir la idea marxista señalada al inicio del capítulo considerando que en las sociedades griegas, helenísticas y romanas de la antigüedad el discurso hegemónico se sustentaba y era sustentado por la construcción de discursos de verdad configurados a través de formas de interacción política. Los cuales, de modo general, entraron en crisis con las invasiones bárbaras en Occidente que produjeron el colapso de la sociedad imperial romana.

Dichas invasiones supusieron no sólo una derrota militar sino, particularmente, una dislocación profunda de los mecanismos legitimadores que mantuvieron la coherencia de la sociedad romana en el Occidente europeo durante al menos quinientos años; sobreviviendo, diversas guerras civiles, emperadores alternativos, e incluso la proclamación del Imperio Gallico independiente durante los años 260 y 270 de nuestra era, en la mayor parte de la actual Francia.

³⁶ Foucault, Michel, op cit, Págs. 34 y 37

Dicho proceso de dislocación es simbolizado por el destronamiento de Flavio Rómulo Augusto en el año 476, pero por supuesto sus causas y desarrollos históricos son profundos, el producto de un cambio en el balance del poder al interior de las provincias imperiales, cambios que, además, fueron desquiciados por las migraciones armadas de los pueblos germanos.

Sin embargo, la destrucción de las fuentes del discurso legitimador clásico romano no fueron claras, y pesaron permanentemente en el desarrollo de las sociedades europeas durante toda la edad media; de tal manera que la última estructura política auto proclamada como su heredera (el Sacro Imperio Romano Germánico), solo fue abolida en una fecha tan tardía como el 1806, curiosamente cuando ya iniciaba la llamada Edad Moderna.

Sin embargo, aún cuando el ideal ecuménico estuvo presente en todas las construcciones políticas, e hizo (hace) parte de las construcciones religiosas profundamente arraigadas en las formas culturales propias de las Europa Occidental, también era evidente que esta presencia era interpretada como una presencia negativa; es decir, se presentó como un faltante que era necesario para realizar el cierre armónico de sus sociedades siempre incumplido.

La fuerza de esta percepción resalta más cuando se recuerda que el Imperio Romano de Oriente sobrevivió hasta la caída de Constantinopla en 1453, y que sí bien es cierto que en la historiografía oficial vigente en Occidente se denomine a dicha formación política como Imperio Bizantino, esto no cambia el hecho que el título de Constantino XI, último emperador reinante en Constantinopla, fue "*Emperador de los Romanos*"; y que se puede rastrear con facilidad sus orígenes políticos hasta la fundación misma de Roma.³⁷

³⁷ Ello sin contar que los emperadores Rusos se consideraron herederos espirituales de los emperadores Bizantinos.

Ahora bien, las invasiones germánicas no supusieron el exterminio de las poblaciones originales, ni se produjo un completo proceso de mestizaje que refundiera las poblaciones en un solo crisol que reiniciara de manera directa la reconstrucción de nuevos mecanismos hegemónicos e imaginarios instituyentes, con base en la homogeneidad e igualdad de sus poblaciones.

Pero, eso sí, como acertadamente le señaló Tayllerand a Napoleón *“Sire, las bayonetas sirven para todo, menos para sentarse sobre ellas”*, se hizo necesario reconstruir los mecanismos de estabilización social ya dislocados en procura de un nuevo sistema hegemónico de cara a la cambiante realidad europeo occidental.

En palabras de Foucault:

“Así, frente a la primera hipótesis – que es: el mecanismo de poder es fundamental y esencialmente la represión –, tendríamos una segunda hipótesis, que sería: el poder es guerra, es la guerra proseguida por otros medios. Y en este momento, invertiríamos la proposición de Clausewitz y diríamos que la política es la guerra por otros medios.

En primer lugar esto: que las relaciones de poder, tal y como funcionan en una sociedad como la nuestra, tienen esencialmente por punto de anclaje cierta relación de fuerza establecida en un momento dado, históricamente identificable, en la guerra y por la guerra. Y si bien es cierto que el poder político detiene la guerra, hace reinar o intenta hacer reinar una paz en la sociedad civil, no lo hace en absoluto para neutralizar los efectos de aquella o el desequilibrio que se manifestó en su batalla final.

*En esta hipótesis, el papel del poder político sería reinscribir perpetuamente esa relación de fuerza, por medio de una especie de guerra silenciosa, y reinscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, hasta en los cuerpos de unos y otros.*³⁸

Este nuevo proceso de reinscripción de los resultados de las exacciones y dominaciones derivadas de las invasiones germánicas, así como la perpetuación de la subalternidad de las poblaciones galorromanas derivó en la construcción de las sociedades feudales típicas de la Edad media, que se muestra en el nacimiento de nuevos mecanismos legitimadores que reinscribieron los antiguos discursos de verdad, para desembocar en la enunciación de nuevos significantes vacíos como productor de procesos hegemónicos que se traducirán en la realidad de nuevos sistemas hegemónicos.

Dicha legitimidad se intentó construir, en principio, bajo la fórmula de la simulación de una continuidad entre los poderes de los antiguos emperadores romanos, y los ejercidos por los nuevos monarcas bárbaros. De tal manera que Clodoveo, por ejemplo, se paseaba con un pergamino con el cual pretendía demostrar a quien lo quisiera escuchar, que su legitimidad derivaba de un decreto imperial emitido por un Emperador Romano ausente, lejano y de existencia incierta.³⁹

Este mecanismo de legitimación no era suficiente para sostener perpetuamente la sociedad feudal occidental, pues la caída del imperio romano era una realidad a la que no se podían sustraer los nuevos dominadores; quienes además gobernaban con unos mecanismos administrativos y con base en una relaciones sociales completamente distintas a las que tradicionalmente usaban las burocracias imperiales romanas, mecanismos clásicos que además no eran eficientes ni

³⁸ Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, pág. 28

³⁹ Foucault, Michel, op cit, pág. 73

adecuados para las nuevas poblaciones rurales, errantes, disueltos los lazos de subordinación y dependencia personal, nacidas del progresivo despoblamiento de los núcleos urbanos romanos.

Así, y con la finalidad de sedimentar las luchas que determinaron la caída del imperio romano, para legitimar sus siempre precarias dinastías nacientes, los gobernantes germánicos recurrieron a la única fuente de legitimidad que era reconocida por todas las poblaciones romanas: la iglesia católica, la cual adicionalmente tenía asiento en Roma, fuente de toda la historia que daba sentido a la Europa occidental como parte de un pasado ecuménico que las vinculaba y hermanaba.

Por ello, los reyes de las diferentes tribus germánicas se acercaron rápidamente a la Iglesia Católica para que legitimara las nuevas estructuras nacientes de dominación y vinculara a sus ritos sagrados el advenimiento de los nuevos reyes; quienes derivaron su derecho de ascensión al trono de los mecanismos típicos de las sociedades tribales germánicas, pero cuyo acceso al gobierno efectivo de las nacientes naciones dependía también del reconocimiento de la legitimidad de sus aspiraciones por parte de los gobernantes de dicha institución religiosa, quienes tenían hegemonía sobre las amplias mayorías populares incorporadas desde los tiempos de Constantino al imperio.

Basta recordar el episodio mítico que según la tradición cristiana precede a la batalla del Puente Milvio en 312 D.C., donde Constantino se impone como único Emperador Romano; según el cual la noche anterior a dicha batalla Constantino tuvo una visión donde vio la señal y escuchó una voz que le decía “*con este signo vencerás*” en griego.

La influencia del cristianismo sobre las bases populares del imperio Romano en la época de Constantino era tan grande, que en dicha batalla el emperador ordenó a

sus tropas luchar bajo un pabellón que incorporaba la cruz como elemento distintivo del poder de la nueva fe.

Curiosamente, los ritos religiosos de coronación de los nuevos reyes germanos no fueron copiados de los antiguos rituales de entronización romana ni perpetuaron el papel de las diversas casas aristocráticas germanas como electores legítimos de sus gobernantes; sino que impusieron los rituales de coronación de los monarcas hebreos, donde el representante de una divinidad autoriza al gobernante de la casa legítima a ejercer el poder a través de la imposición de los arreos sagrados y de la consagración de su derecho en nombre de la única fuente de toda autoridad: Dios.

Como quiera que el sentimiento religioso estaba muy arraigado en las diversas poblaciones romanas de las antiguas provincias imperiales, este proceso tuvo la virtud de estabilizar el papel central de los nacientes monarquías europeas, permitiéndoles así mismo independizar su posición de las turbulentas facciones aristocráticas que permanentemente ponían en tela de juicio el derecho de sus reyes a ejercer de manera efectiva el poder.

Estos rituales adquirieron una importancia inusitada, pues a ojos de amplias capas de estas comunidades el derecho de acceso al trono dependía fundamentalmente de los ritos de consagración y coronación tradicionales, siendo por ejemplo más importantes los rituales capetinos de coronación realizados en Reims para consagrar a Carlos VII, que la declaración de bastardía realizada por su padre (Carlos VI) con el consiguiente reconocimiento de Enrique VI de Inglaterra como heredero legítimo.

“A continuación, y sobre todo, [Juana de Arco] consiguió que el indeciso Carlos VII se decidiera abrir la vía de Reims para hacerse finalmente consagrar con todos los ritos, con el óleo de la Santa Ampolla, y convertirse así en el rey ungido del Señor

y casi sacerdote, cuyo reino procedía de Dios, lo que sin duda dio fuerza a un monarca, a quien la Doncella había jurado siempre su legitimidad humana y divina, lo que garantizó su autoridad y prestigio. Hacia él, y sobre todo hacia la Doncella se dirigían la fidelidad y la fe populares, puesto que esta epopeya fue pronto conocida e interpretada como una orden del cielo”⁴⁰.

George Duby y Robert Mandrou definen el poder de la consagración de la siguiente manera:

“Una nueva crisis estalló a principios del Siglo XV. Y no es que nadie hubiese creído jamás en los derechos hereditarios reivindicados por el rey de Inglaterra Enrique V, para justificar su empresa de conquista, sino por el hecho de la sospecha de bastardía que, fundada en testimonios turbadores, pesaba sobre el Delfín, y que no se disipó sino después de la consagración de Reims – el resultado más decisivo de la aventura de Juana de Arco.”⁴¹

Esto se debía fundamentalmente a que la Iglesia Católica ejercía una Hegemonía poderosa sobre la población francesa en general, pero en especial sobre el campesinado servil, el cual le daba sentido a su vida a través de los diferentes ritos religiosos dirigidos por los sacerdotes.

De acuerdo con lo expresado por George Duby y Robert Mandrou, la influencia de la Iglesia Católica sobre la sociedad francesa era tan importante que incluso las bandas armadas que participaron en las diferentes etapas de “la guerra de los cien años”, y que en muchas ocasiones derivaron en verdaderas bandas de asaltantes, se hacían acompañar por un sacerdote en sus acciones armadas:

⁴⁰ Goubert, Pierre, *Historia de Francia*, Barcelona España, Editorial Crítica, Págs. 70 – 71.

⁴¹ Duby, George; Mandrou, Robert, *Historia de la Civilización Francesa*, México D.F., Fondo de Cultura Económica. Pág. 167

“Grupo fuertemente unido bajo la autoridad de un jefe, al que se obedecía con tanta más razón cuanto que era el más valiente y sabía satisfacer y defender a sus hombre, una banda de estas reunía quince, treinta hombres de armas, rara vez más; eran nobles también, pero pobres o bastardos, y algunas veces inclusive antiguos campesinos; los acompañaban auxiliares, criados, herreros, un clérigo siempre para llevar las escrituras y dar la comunión.”⁴²

Este hecho se vio reforzado por el nacimiento del sentimiento nacional francés, pues tanto para la burguesía naciente como para el campesinado y la pequeña nobleza, Enrique V y su hijo Enrique VI eran extranjeros que pretendían usurpar un trono que por derecho debía ser ejercido por un miembro francés de la Casa Capetina.

Por supuesto, en tanto la base de poder del papado romano era exigua, y por lo tanto carecía de la capacidad de influir de manera determinante en los asuntos de las diferentes monarquías europeas, la Iglesia se identificaba de una manera más directa con los intereses de las diferentes dinastías reales que con el concepto ecuménico predicado desde Roma.

Sin embargo, este proceso tenía como garante un agente externo que contaba así mismo con una estructura organizativa piramidal que le permitió, una vez asentadas las bases de su propia dominación al interior de la Iglesia Católica.

Ésta, a partir de la fundación de los Estados Pontificios en los territorios italianos donados por Pipino el Breve en el año 756 de nuestra era, empezó a intentar intervenir en el destino de las dinastías gobernantes, y en especial de aquellas que contaban con herederos débiles o con guerras intestinas o dinásticas de difícil solución.

⁴² Duby, George; Mandrou, Robert, op. cit. Pág. 157

La situación a la que se vieron abocados los reyes europeos, sobre todo con posterioridad a la coronación de Carlomagno como Emperador Romano en el año 800 por el Papa León III, hace recordar el siguiente pasaje de una célebre obra de ciencia ficción, que ayuda al entendimiento de nuestra interpretación:

“Hay una vieja fábula – dijo Hardin –, quizá tan vieja como la humanidad, pues las grabaciones que la contienen son tan solo copias de otras grabaciones aún más antiguas, que pueda interesarle. Dice así:

Érase un caballo que, teniendo por enemigo a un poderoso y peligroso lobo, vivía en constante temor por su vida. Llegó a estar tan desesperado que se le ocurrió buscar un aliado poderoso. Por tanto, se acercó un hombre y le ofreció una alianza, indicando que el lobo era asimismo enemigo de los humanos. El hombre aceptó la asociación inmediatamente y se ofreció para matar al lobo si su nuevo socio cooperaba poniendo a disposición del hombre toda su velocidad. El caballo estaba dispuesto, y permitió que el hombre le colocara la silla y el bocado. El hombre montó, persiguió al lobo, y lo mató.

El caballo, alegre y aliviado, dio las gracias al hombre, y dijo: “Ahora que nuestro enemigo está muerto, quítame la silla y el bocado y devuélveme la libertad” Entonces el hombre se echó a reír a carcajadas y contestó: “Vete al infierno. ¡Al galope!”, y lo espoleó con todas sus fuerzas.

El silencio prosiguió. La sombra que era Wienis no se movió.

Hardin continuó sosegadamente: Espero que vea la analogía. En su ansiedad por asegurar su dominio total y eterno sobre su propio pueblo, los reyes de los cuatro Reinos aceptaron la religión de la ciencia que les hacía divinos; y esa misma religión de la ciencia fue su silla y bocado, pues ponía la sangre vital de la energía

atómica en manos del clero... que obedecía nuestras órdenes, téngalo en cuenta, y no las suyas."⁴³

A partir del fortalecimiento del Papado Romano con la adquisición de Estados feudales en los Estados pontificios, junto con el eclipsamiento de la presencia bizantina en Italia; así como ante la necesidad de los diversos Estados europeos nacientes de contar con un personal mínimo que fuese alfabetizada y contara al menos con una formación básica en matemáticas y lenguas, el papel de la iglesia Católica empezó una carrera ascendente que en ciertas ocasiones eclipsaba a los gobernantes legítimos de dichos Estados.

Es decir, que empezaba a estructurarse un grupo intelectual especializado fundamentalmente en las tareas de organización de las nuevas unidades político-administrativas en emergencia.

Este proceso ha sido descrito adecuadamente por Gramsci, quien ha señalado que todos los grupos sociales que desarrollan actividades económicas esenciales incorporan unas clases de intelectuales que denomina orgánicos; señalando específicamente para el caso de los grupos intelectuales eclesiales lo siguiente:

“La más típica de estas categorías intelectuales es la de los eclesiásticos, por largo tiempo monopolizadores (durante toda una etapa histórica que en parte se caracteriza por este monopolio) de algunos servicios importantes: la ideología religiosa, es decir la filosofía y la ciencia de la época, la escuela, la instrucción, la moral, la justicia, la beneficencia, la asistencia, etc. La categoría de los eclesiásticos puede ser considerada la como la categoría intelectual orgánicamente ligada a la aristocracia terrateniente: jurídicamente estaba

⁴³ Asimov, Isaac, *Fundación*, Barcelona España, Editorial Bruguera S.A., pag. 150

equiparada a la aristocracia con la que compartía el ejercicio de la propiedad feudal de la tierra y el uso de los privilegios estatales ligados a la propiedad.”⁴⁴

Ahora bien, el nacimiento de los intelectuales orgánicos ligados a la aristocracia terrateniente y su monopolio en el ejercicio de las actividades de la ideología religiosa crearon una relación profundamente tensa y de disputa sobre el alcance de las competencias de dicho grupo intelectual y la Monarquía, pero que al mismo tiempo era de mutua dependencia; relación que en muchas ocasiones se inclinó a favor de la Iglesia Católica.

El poder de la Iglesia Católica y su influencia en los procesos políticos de la Edad media quedó evidenciada en la pública humillación que hubo de sufrir Enrique II de Inglaterra a raíz del asesinato de Thomas Becket en 1170; y en la humillación de Canossa sufrida por Enrique IV, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 1077, donde tuvo que pedir humildemente el levantamiento de la Excomunión proferida por Gregorio VII, esperando durante tres días en la puerta del palacio Papal en lo más crudo del invierno italiano.

Esto supuso que las dos ramas discursivas, fundadas en la cruz y en la espada, que sostenían el entramado de poder en la Edad media entraron en un conflicto permanente y latente que nunca pudo ser superado ante la necesidad de los monarcas y del papado de sostener sus posiciones políticas como único mecanismo de asegurar la perpetuación de su poder, y el cumplimiento de sus aspiraciones de dominación, dando pie a la existencia de dos proyectos hegemónicos en disputa creciente sobre lo que habían sido los territorios del Imperio romano de Occidente.

⁴⁴ Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la Cultura*, México D.F., Juan Pablos Editor. 1975. Pág. 13

Por supuesto estas realidades discursivas, en especial las formas de acceso al poder real, fueron replicadas a todos los niveles de la sociedad feudal, de tal manera que la consecución de las diferentes dignidades feudales se determinó por mecanismos similares, sino iguales, a los que signaron el acceso a la dignidad real, pero generalmente sin el proceso de sacralización afecto a dicha dignidad.

Así, y a pesar que originalmente los feudos eran dados por el Rey, y que los grandes señores feudales tenían la obligación de prestar homenaje para garantizar el derecho a gobernar sus territorios hereditarios, el hecho que el rey no participase ni directa ni indirectamente en el proceso de sucesión de sus señores feudales les garantizaba una parcial independencia y un alto grado de autonomía.

Este proceso fue especialmente agudo en Francia, donde la Dinastía Capetina gobernó desde el 888 hasta 1848 a través de sus diferentes ramas, pero cuyos señores feudales podían trazar en muchas ocasiones sus orígenes nobiliarios a épocas en las cuales los Capeto aún no eran elegidos reyes por la asamblea nobiliaria en Senlis.

Así, el poder real se vio amenazado por dos enemigos poderosos, cuya finalidad era menoscabar cualquier pretensión de extensión de la autoridad real. Se trataba de asegurar el mantenimiento de un equilibrio político que en el fondo les era funcional al poner en sus manos muchas de las instituciones políticas, jurídicas e ideológicas que permitían la construcción de los discursos de verdad dominantes, y la replicación de los esquemas hegemónicos prevalentes.

Para fortalecer su posición, y con la intención de contar con cuadros administrativos, políticos y judiciales suficientes para profundizar el proceso de centralización de los estados feudales, las diferentes casas reales se vieron obligadas a recurrir a la población galo-romana apartada del poder por el proceso de conquista germánica.

Sobre este particular, Foucault sostiene:

“Ahora bien, ¿qué va a pasar a partir de esta fabricación de una nueva clase? Pues bien, el rey se sirve de ella para arrancar a la nobleza sus privilegios económicos y políticos. ¿Qué medios emplea? También en este caso Montlosier reitera lo que dijeron sus predecesores: mentiras, traiciones, alianzas contra natura, etcétera. El rey utiliza también la fuerza viva de esa nueva clase; utiliza las revueltas: las revueltas de las ciudades contra los señores, motines de los campesinos contra los terratenientes.

Ahora bien, ¿qué hay detrás de todas estas revueltas, según Montlosier? El descontento de esta nueva clase, desde luego. Pero, sobre todo, la mano del rey. Era él quien animaba todas las rebeliones, porque cada una de ellas debilitaba el poder de los nobles y, por consiguiente, fortalecía el poder de los reyes, que empujaba a aquellos a hacer concesiones.”⁴⁵

Es decir que en el proceso de fortalecimiento de los Estados Nacionales y de las monarquías absolutistas, y ante la necesidad de reclutar fuerzas armadas no aristocráticas, cuadros administrativos leales y fuentes de recursos económicos que no estuvieran sometidas a los antiguos gravámenes feudales, las monarquías se vieron forzadas a recurrir a las futuras burguesías.

En términos de Gramsci, y ante la imposibilidad de mantener bajo control los intelectuales orgánicos asociados a la aristocracia terrateniente, los reyes en proceso de consolidación apoyaron otros grupos en lucha con los monopolios eclesiales del conocimiento:

⁴⁵ Michel, Foucault, op. Cit., págs. 210 – 211

“Pero el monopolio de las superestructuras por parte de los eclesiásticos no se ejerció sin luchas y limitaciones, y por eso nacieron, en variadas formas (que se deben estudiar e investigar concretamente) otras categorías, favorecidas y acrecentadas con el afianzamiento del poder central del monarca hasta llegar al absolutismo. De este modo se fue formando la aristocracia de la toga, con sus propios privilegios, un grupo de administradores, etc; científicos, teóricos, filósofos no eclesiásticos, etc.,

Dichas capas sociales burguesas quienes por el proceso de conquista de las antiguas provincias romanas fueron marginadas de los sistemas germánicos de apropiación de la riqueza (tierras y derechos feudales), se vieron obligadas a desarrollar las actividades administrativas propias de los sistemas burocráticos romanos, y a dedicarse al comercio y a las pocas industrias manufacturera existentes como medio de garantizar su supervivencia, y en algunos casos, su prosperidad.

Esto por supuesto no fue un proceso realizado a expensas o a espaldas de las monarquías en trance de convertirse en monarquías absolutas, pues estas eran las principales interesadas en encontrar nuevas formas de apropiación de recursos para sostener sus burocracias siempre crecientes, así como los costos asociados a las guerras externas e internas necesarias para garantizar la estabilidad de sus Estados.

Así, se presentó una alianza conveniente entre las necesidades de las Estados Monárquicos de contar con ingresos siempre crecientes y las aspiraciones de las clases burguesas emergentes que tenían la potencialidad de aportar dichos recursos siempre y cuando se les permitiera realizar los procesos de acumulación necesarios para construir empresas rentables desde el comercio, la industria y la naciente banca.

Esta alianza fecundó los procesos económicos de acumulación que terminaron por modelar el capitalismo como forma de organización económica, pues en esa época los Estados Nacionales eran los únicos autores que contaban con los recursos y la organización necesarios para desarrollar empresas capaces de cimentar adecuadamente los procesos financieros requeridos para la operatividad de las empresas capitalistas nacies.

No es coincidencia entonces, que en los países en que no se contaba con una clase burguesa fuerte (Alemania), o con un monarquía que encarnara los sentimientos nacionales (Italia), los procesos políticos de unificación nacional y el surgimiento de las monarquías absolutas se produjera con posterioridad a las de los países europeos que gozaban de ambos elementos en la Edad Media.

A cambio, dieron existencia a una amplia capa intelectual de pretensiones cosmopolitas que luego servirá en los estados nación y las monarquías que los gobernarán, siendo partícipes en la construcción de los regímenes de verdad que harán posible su reproducción, y cabal permanencia en el tiempo.

Por supuesto, este proceso no podía hacerse sin afectar necesariamente los discursos de verdad anclados en los derechos derivados de la conquista y de la constitución de los feudos; pues se hizo necesario legitimar el actuar de los reyes, quienes prefirieron rodearse a la hora de gobernar, de los ciudadanos no aristócratas y racionalizar su administración. Ellos reinventaron los aparatos burocráticos de la Roma Imperial, pero adaptados a las necesidades cambiantes de los espacios nacionales en construcción.

Se inició de ese modo un proceso de legitimación de los mecanismos sociales, políticos, económicos y culturales propios de la burguesía como clase subalterna aunque en procura de su autonomía.

Para hacerlo, y apoyándose en el espíritu ilustrado del clero, recuperaba el aprestigiamiento de los aparatos administrativos y jurisdiccionales con el renacimiento del Derecho romano, a través de los glosadores y posglosadores, que resultaba un dispositivo idóneo de regulación y administración de los poderes reales; así como una reivindicación del comercio y la manufactura como actividad económicamente productiva.

Adicionalmente, el proceso en comento se fortaleció con el crecimiento de las ciudades y villas que dejaron de ser (en la mayoría de los casos) simples aldeas o centros temporales de encuentro de comerciantes, para convertirse en verdaderos generadores de dinámicas políticas y económicas que fortalecieron los procesos de enriquecimiento de las capas comerciantes y artesanas, con un proporcional aumento de la exigencia de un funcionariado alfabetizado y competente.

Esto fue producto de las luchas desarrolladas por la población que habitaba los burgos comerciales, quienes ante la necesidad de garantizar la libertad personal como un derecho útil para el desarrollo de las actividades comerciales, pusieron las bases necesarias para la autonomía de las ciudades en crecimiento y el nacimiento de sus aparatos judiciales y administrativos propios.

En palabras de Henri Pirenne:

“La libertad se convierte en condición jurídica de la burguesía, a tal grado que no es solamente un privilegio personal, sino un privilegio territorial inherente al solar urbano, en la misma forma en que la servidumbre es inherente al solar señorial. Basta, para gozar de tal privilegio, haber residido un año y un día en el recinto de la villa. Die Stadtluft mach Frei, dice el proverbio alemán; el aire de la ciudad da la libertad.”⁴⁶

⁴⁶ Pirenne, Henri, *Historia económica y social de la Edad Media*, México D.F., Fondo de Cultura Económica. Pág. 44

La consolidación de las monarquías absolutas así como las guerras que se originaron en los procesos de consolidación de las naciones europeas, exigió a los monarcas la construcción de ejércitos permanentes, los cuales se reclutaron fundamentalmente por fuera de las aristocracias tradicionales; porque en muchas ocasiones fueron usados en contra de miembros rebeldes de dicha clase.

Este hecho, así como la costumbre extendida en dicho periodo histórico de recurrir a ejércitos profesionales (mercenarios), determinó la necesidad de contar con unos aparatos fiscales eficientes; pues a diferencia de los ejércitos nobiliarios, las personas comunes reclutadas para el ejército debían ser entrenadas, alimentadas, vestidas y movilizadas por cuenta del tesoro nacional.⁴⁷

Ante la imposibilidad de recurrir a las fuentes tradicionales de enriquecimiento por la finitud de los cargos a proveer, de los títulos nobiliarios a otorgar, y de las tierras a repartir; los reyes se vieron forzados a recurrir a la sobre explotación de las colonias extra europeas, y a la profundización y favorecimiento de las actividades económicas comerciales y manufactureras. Para estimular la rápida acumulación de capitales que rentaran los recursos necesarios para sostener sus necesidades políticas y militares en creciente expansión.

Esto supuso la génesis de los procesos que determinaron la dislocación de las sociedades feudales, así como de sus mecanismos hegemónicos y de los discursos de verdad que garantizaban la replicación de las instituciones político – económicas necesarias para la perpetuación de las formas de legitimación que le eran propias.

⁴⁷ En la Edad Media los nobles eran responsables de sus gastos en batalla, lo que reducía en alta proporción la necesidad del rey de contar con altas fuentes de efectivo para iniciar la guerra

Permitiendo el surgimiento de un nuevo actor en el proceso histórico: La Burguesía. Dicho actor surge a como consecuencia de la modificación de las condiciones históricas que explican el tránsito de las sociedades europeas de acumulación a las sociedades modernas capitalistas, surgiendo un nuevo espíritu económico que caracteriza la evolución posterior de las sociedades modernas⁴⁸

En palabras de Marx, así se refiere el tránsito, las condiciones de posibilidad, mejor, hacia la constitución de la burguesía como clase en el marco del feudalismo:

“Hemos visto, pues, que los medios de producción y transporte que sirvieron de base para la constitución de la burguesía se generaron en la sociedad feudal. Alcanzada una cierta fase de desarrollo de estos medios de producción y transporte, las relaciones según las cuales producía e intercambiaba la sociedad feudal, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen feudal de la propiedad, dejó de corresponder ya al grado de desarrollo de las fuerzas productivas. En lugar de propiciarla, frenaban la producción. Se convirtieron así en otras tantas trabas para la misma. Había que hacerlas saltar y saltaron.”⁴⁹

El advenimiento de la modernidad acompañada por la emergencia de la clase burguesa, así como producto de la disolución de los lazos de dependencia y subordinación existentes, condujo a la aparición de un nuevo sujeto, la población, y significaron como precipitado una modificación violenta del equilibrio de poderes propio de la Edad Media.

⁴⁸ La modificación del espíritu económico y los factores psíquicos que lo explican son fundamentales en la obra de Werner Sombart. Ver al respecto *El Burgués*.

⁴⁹ Marx, Karl; Engels, Friederich, *El Manifiesto Comunista*, Madrid España, Editorial Alhambra S.A., Primera Edición 1985, pag. 57

En su mayoría las aristocracias feudales profundizaron su incapacidad de insertarse adecuadamente en las nuevas formas hegemónicas al ser incapaces de entender que sus formas de organización y administración del poder carecían de la capacidad de ordenar adecuadamente las sociedades urbanas de los siglos XIV y subsiguientes; lo cual produjo que los discursos de verdad que garantizaban la reproducción de las características ideológicas necesarias para mantener su hegemonía en la sociedad medieval fuesen derrotados.

Esta derrota no puede caracterizarse, desde luego, como una derrota desde el campo de la lógica, sino desde el campo de la estrategia, de las luchas políticas y militares, del enfrentamiento antagónico entre dos formas socio-históricas dicotómicas de entender el quehacer político de los estados modernos.

Uno de tales sujetos, en su diversidad, las clases aristocráticas, construyeron sus discursos con una doble intención, negar el derecho de las clases burguesas a participar del gobierno de los estados europeos, y al mismo tiempo negar el derecho del rey a establecer de manera autónoma un gobierno absolutista que denegara los derechos económicos y políticos de las diferentes familias feudales.

Para afirmar lo primero, tal sujeto sostuvo que era su derecho natural la dirección del Estado ante los derechos de conquista adquiridos por las bandas germánicas en el proceso de disolución del Imperio romano en Europa occidental, que sometió a su dominio las poblaciones galo-romanas. Como consecuencia, éstas no podían reclamar el gobierno que perdieron antiguamente en el campo de batalla.

Para negar lo segundo, las elites aristocráticas reinventaron la existencia de una soñada comunidad democrática guerrera que investía temporalmente como rey a uno de sus jefes, sin que ello significase una renuncia a los derechos de dirección de su comunidad bárbara.

Sin embargo, las condiciones socio políticas que permitieron el advenimiento de la sociedad feudal tiempo a que habían fenecido, puesto que el surgimiento de los ejércitos nacionales, así como el surgimiento de nuevas formas de riqueza en manos de la burguesía, despojó a los aristócratas de las dos herramientas que durante todo el desarrollo de la edad media les garantizaron una posición preponderante.

Esto se produjo fundamentalmente con las transferencias de oro y plata desde las colonias extra europeas, pues esto conllevó un proceso inflacionario que desestabilizó los ingresos de las capas nobiliarias que dependían de las rentas de sus propiedades campesinas, y fortaleció el papel de los comerciantes y de los nacientes industriales.

Este proceso lo describe Norbert Elías en los siguientes términos:

“Aparte la importancia de estos procesos para las demás capas, la devaluación del dinero significaba en este contexto, desde luego, una profunda sacudida, si es que no la destrucción de la base económica de gran parte de la nobleza francesa, la cual recibía de sus bienes raíces rentas fijas. Puesto que los precios subían incesantemente, ya no le bastaba en mayor o menor grado, lo que percibía de ingresos según los contratos. La mayor parte de la nobleza estaba, al finalizar las guerras de religión, llena de deudas. Los acreedores se incautaban en muchos casos de sus bienes raíces.”⁵⁰

La presencia de una mayor cantidad de numerario circulante permitió la elevación de los ingresos reales, y permitió una modificación de las formas en que se reclutaban los ejércitos, desplazándose su centro de gravitación de las mesnadas

⁵⁰ Elías, Norbert, *La sociedad cortesana*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, Primera Edición en español, pág. 205

nobiliarias para concentrarse en el reclutamiento de ejércitos mercenarios que podían usar se incluso contra los nobles rebeldes; mercenarios que se pagaban en efectivo.

“En el equilibrio de tensiones entre el grueso de la nobleza guerrera y los señores centrales principescos, el peso se desplazaba también la esfera de la conducción de la guerra a favor de estos últimos. La creciente afluencia de medios monetarios les permite arrendar tropas para hacer la guerra. Jefes de tropas que al mismo tiempo son empresarios, aprestan ejércitos que reclutan entre las capas inferiores.

En lugar de la entrega de la propiedad rural, del feudo – la cual, en las primeras fases del desarrollo social, poco monetarizadas y comercializadas, constituía el precio por los servicios militares –, el pago en moneda se convirtió entonces de manera creciente en la forma dominante de pago. Los príncipes alquilaban mercenarios o soldados. En las palabras mismas resuena aún hoy el recuerdo de esta fase de desarrollo. Con ello, su dependencia de la nobleza feudal se hizo considerablemente menos fuerte y mayor su dependencia frente a las fuentes monetarias con sus bastas implicaciones.”⁵¹

Esto tuvo un doble efecto en la desarticulación de la sociedad feudal y sus procesos hegemónicos, pues por un lado supuso a largo plazo la eliminación de la nobleza guerrera típica de los siglos posteriores a la caída del Imperio Romano en occidente, y su conversión en una nobleza cortesana en todo dependiente de la voluntad real para garantizar el flujo de efectivo necesario para mantener su forma de vida.

Por el otro lado, supuso una mayor necesidad de medios monetarios estables para mantener no solo un ejército creciente y una burocracia en auge, sino para sostener la nobleza cortesana y el lujo derivado de su nacimiento; mayor

⁵¹ Elías, Norbert, *Op. Cit.*, págs. 207 – 208.

necesidad de medios monetarios que impuso una fuerte necesidad de garantizar el perfeccionamiento de las nuevas formas de producción de riqueza que dan origen al capitalismo.

Eso supuso la entronización de un discurso diferente, con la generación de nuevos mecanismos hegemónicos que reordenaron las sociedades posfeudales dando origen a las sociedades europeas propias de la modernidad.

En dichas sociedades se entronizaron como discursos de verdad prevalecientes, elementos fundamentales de los procesos hegemónicos, las dos herramientas fundamentales, los dispositivos que garantizaron el triunfo de la forma burguesa de vida y la política que la reproduce: la economía política precedida por la disciplinarización de los conocimientos en formas ordenadas denominadas ciencias.

Es conveniente aclarar ahora que dentro del proyecto de las burguesías revolucionarias en el siglo XIX no se encontraba incluido el sufragio universal, pues su proyecto político se limitaba a la expansión de los procesos de decisión para fundar una república censitaria, con la percepción que solo las personas que tuvieran propiedades eran los seres suficientemente preparados para asumir responsabilidades cívicas; en definitiva, una plutocracia. Así se registra en los primeros discursos legitimadores de su advenimiento y presencia política activa.

Esto es un hecho que no debería causar ninguna sorpresa. Encontró apoyo manifiesto en filósofos de la política tan célebres como Thomas Hobbes, John Locke, y, particularmente, Kant, quien sostuvo abiertamente la existencia de ciudadanos pasivos y activos, entendiendo a los segundos como los únicos con derechos políticos plenos.

“Sin embargo, una doble barrera teórica se contrapone a la realización de una total socialización política y económica: en el nivel político opone resistencia la idea que la democracia representativa es el modo exclusivo para gobernar a la sociedad moderna; en el plano económico, se contrapone la idea de que la economía de mercado es la sola eficiente para ordenar las relaciones de producción. Se ha aceptado, es cierto, el principio del sufragio universal (Abandonando en las buhardillas de la historia los razonamientos de Kant y Constant acerca de la “incapacidad” política de las clases trabajadoras y de las mujeres), pero se sigue pensando que, en el fondo, Rousseau fue padre de una tiranía de nuevo corte con su doctrina sobre el carácter indelegable de la soberanía popular.”⁵²

El capitalismo, como principal expresión del economicismo naciente es un sistema de dominación capaz de adaptarse a diversas formas de gobierno, sin que sea necesario el surgimiento de una democracia para garantizar su subsistencia. De hecho, los principales experimentos en el siglo XX de naciones tercermundistas que se insertaron exitosamente en las principales corrientes globalizadoras del capitalismo contemporáneo, han surgido en países con sistemas de gobierno autoritarios.

La excepción lo ha sido, los Estados Unidos de América, que dio forma a un régimen republicano, a expensas claro está, de las poblaciones originarias que habitaban el territorio que ocuparon las trece colonias, y de los africanos, sometidos a la esclavitud en las plantaciones del sur de su territorio. Este excepcionalismo es objeto de disputas teóricas y prácticas hasta el día de hoy.

Es necesario recordar no solo el caso de la transición de China de un gobierno comunista a un Gobierno autoritario de derechas con partido único, con la célebre expresión de Deng Xiao Ping *“No importa de qué color sea el gato, lo que importa*

⁵² Cerroni, Umberto, *Introducción al pensamiento político*, Buenos Aires Argentina, Siglo XXI editores, Tercera edición, pág. 73

es que cace ratones”; sino también los casos de Chile, Corea del Sur, Singapur, Indonesia, e incluso la Alemania Nazi, de quien convenientemente se olvidan las obvias relaciones con las principales empresas Norteamericanas.

Durante muchos años se encontraron de toda clase de derechos políticos a las minorías raciales y sexuales, a las mujeres, que generalmente configuran más del 50% de la población de las diversas naciones mundiales, e incluso a amplias capas de población joven al atar los procesos electorales a diversos criterios de raza, edad, sexo en sus más diversas combinaciones.

El sufragio universal surge más bien, como una consecuencia lógica de las teorías según las cuales la soberanía reside en la nación y en todos y cada uno de sus integrantes; pues de acuerdo con esas teorías, y como producto de la necesidad de reclutar masivamente a la poblaciones populares para enrolarlas en los enormes ejércitos reclutados durante las guerras europeas surgidas a raíz de la revolución francesa y de las posteriores guerras napoleónicas, todos los ciudadanos eran responsables de la seguridad de la nación; siendo un corolario lógico deducir la capacidad de cada soldado y, por ende, de cada ciudadano para ingresar en la política.

Esta consecuencia lógica no se impuso, de todas maneras, de una manera pacífica y se hizo necesario todo un fermento revolucionario durante el siglo XIX, e incluso durante el siglo XX, para consolidar como conquista política fundamental de las nuevas clases subalternizadas, tales como el proletariado, el derecho al sufragio universal.

La hegemonía del economicismo

Aclaremos ese punto, retomando el hilo principal de la presente disertación. El economicismo surge como uno de los discursos de verdad que tienden a hegemonizar las sociedades surgidas de la modernidad europea, y por extensión de las sociedades que le han sido tributarias en los últimos dos siglos.

Así mismo, y como quiera que otra de las razones que explican su triunfo y la destrucción del *Ancien Regime* se centra en la capacidad de acumular conocimientos técnicos capaces de revolucionar permanentemente las estructuras políticas y culturales.

De hecho, Marx considera que este es una de las principales características del capitalismo:

“La burguesía no puede existir si no es revolucionando de continuo los instrumentos de producción, las relaciones de producción, y consiguientemente las relaciones sociales. Las clases productivas anteriores tenían, por el contrario, como primera condición de su existencia el mantenimiento, sin variaciones, del viejo sistema de producción. La incesante transformación a fondo de la producción, la ininterrumpida conmoción de todo el sistema social, la inseguridad y el movimiento perpetuos son precisamente los rasgos característicos de la época de la burguesía respecto a las demás. Todas las relaciones rígidas y enmohecidas, con su acompañamiento de ideas y concepciones de venerable tradición, quedaron disueltas y las recién constituidas envejecen antes de adquirir consistencia.”⁵³

⁵³ Marx, Karl; Engels, Friederich, *El Manifiesto Comunista*, Madrid España, Editorial Alhambra S.A., Primera Edición, Pág. 54 – 55.

Estos dos nuevos paradigmas hegemónicos se fecundaron rápidamente y generaron un nuevo discurso de verdad: la economía política, como una rama del conocimiento “científico”, capaz de explicar satisfactoriamente la manera en que funcionan todas las sociedades, estudiando adecuadamente las relaciones económicas que subyacen a toda forma de organización social humana.

Es en este momento en que se hace necesario reinterpretar, y por lo tanto subvertir, el significado del fragmento de la Ideología Alemana con el cual se inicia el presente capítulo, intentando mostrar que el sistema marxista de análisis de la realidad es así mismo otro mecanismo por medio del cual *“Lo que estos determinados hombres se “figuraron”, se “imaginaron” acerca de su práctica real se convierte en la única potencia determinante y activa que dominaba y determinaba la práctica de esos hombres”*.⁵⁴

Es decir, que el economicismo como explicación subyacente a las formas de organización de las sociedades capitalistas, comunistas y pos capitalistas, no es más que otro discurso de verdad que se hegemoniza a partir del surgimiento de un significativo vacío a la caída de los sistemas políticos que regulaban las relaciones sociales durante la vigencia de la Europa Feudal.

La pretensión de cientificidad del discurso económico surge con la publicación de *“Sobre la Riqueza de las Naciones”* de Adam Smith en 1776, pero el momento que adquiere mayor relevancia y se auto proclama el análisis economicista de la realidad como el único científico y verdadero, es con el nacimiento del marxismo.

“En otras palabras: el origen extraeconómico no quiere decir más que la génesis histórica de la economía burguesa, de las formas de producción, que son expresadas teórica o idealmente por las categorías de la economía política. Que la historia pre-burguesa, y cada fase de la misma, tienen también su economía y una

⁵⁴ Marx, Karl; Engels, Frederick, *La Ideología Alemana*, Editor Rojo, Págs. 39 – 40.

*base económica de su movimiento, es au fond la mera tautología de afirmar que la vida de los hombres ha descansado desde siempre, de una manera o de otra, en la producción, en la producción social, cuyas relaciones nosotros llamamos precisamente relaciones económicas*⁵⁵

La pretensión omnicomprensiva del marxismo surge como una necesaria reacción a las atrocidades presentes en los procesos de acumulación capitalista en las sociedades europeas de la segunda mitad del siglo XIX, y tiene la virtud de desnudar las (hoy) evidentes contradicciones del capitalismo y descentrarlo como discurso “natural” de la organización de las sociedades; para mostrarlo como un sistema refinado de explotación de las masas proletarizadas, con el propósito de replicar las condiciones sociales que permiten su existencia.

Desnudando además, la capacidad dislocadora del economicismo en su fase capitalista al destruir todos los mecanismos de control social que obstaculizan la capacidad de despliegue de las potencialidades productivas de las economías burguesas.

“Donde quiera que haya llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarro inexorablemente los abigarrados vínculos feudales que ataban al hombre a sus superiores naturales sin dejar entre los hombres otro vínculo que el del desnudo interés, el del implacable “pago en dinero contante”.

Ahogó en el agua helada de su cálculo egoísta los piadosos estremecimientos de la exaltación religiosa, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del burgués filisteo. Ha disuelto la dignidad personal en el valor de cambio y en el lugar de todas las innumerables libertades, bien adquiridas y escrituradas, ha

⁵⁵ Marx, Karl; Hobsbawn, Erich, *Formaciones económicas pre-capitalistas*, Barcelona España, Editorial Crítica, pág. 105.

*establecido como única libertad la del libre comercio sin escrúpulo. En una palabra, la burguesía ha sustituido la explotación envuelta en ilusiones religiosas y políticas por la explotación franca, descarada, directa y adusta*⁵⁶.

Dicha pretensión supone una capacidad explicativa de todas y cada una de las sociedades existentes, así como de todo el proceso histórico a partir del descubrimiento de las leyes económicas que explican las relaciones de producción; dicho descubrimiento, acompañado con un claro entendimiento de los mecanismos que determinan las relaciones entre la infraestructura de las sociedades y sus fenómenos súper estructurales que definen los horizontes políticos, culturales y económicos de todas las etapas de las diferentes historias de los conglomerados humanos.

Así mismo dicha teoría, al igual que la mayor parte de los corpus teóricos nacidos en la modernidad, pretenden extrapolar a todas las naciones y razas las experiencias históricas propias de la formación de las naciones de la Europa Occidental, como sí dicha historia fuese paradigmática.

*“En primer término, Marx pretende dejar establecido – al igual que en el prólogo a la Crítica – el mecanismo general de todos los cambios sociales: la formación de relaciones sociales de producción que corresponden a una etapa determinada del desarrollo de las fuerzas productivas materiales; el desarrollo periódico de conflictos entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas; las “épocas de revolución social” en que las relaciones se ajustan de nuevo al nivel de las fuerzas productivas*⁵⁷

⁵⁶ Marx, Karl; Engels, Friederich, *El Manifiesto Comunista*, Madrid España, Editorial Alhambra S.A., Primera Edición. Pág. 53.

⁵⁷ Marx, Karl; Hobsbawn, Erich, *Formaciones económicas pre-capitalistas*, Barcelona España, Editorial Crítica, Pág. 13.

Esta percepción eurocéntrica olvida que durante mucho tiempo, en especial antes del Imperio Romano y durante la mayor parte de la Edad Media, la Europa occidental estuvo ubicada al margen de las principales corrientes que orientaron el desarrollo de las etapas históricas que ha atravesado la humanidad.

La pretensión de explicación omnicomprensiva puede quizá explicarse a partir de la teoría del síntoma, tal y como la entiende Žižek, de acuerdo con su lectura de Jacques Lacan, en el siguiente texto:

“Los síntomas son huellas sin sentido y su significado no se descubre excavando en la oculta profundidad del pasado, sino que se construye retroactivamente -el análisis produce la verdad; es decir, el marco significativo que confiere al síntoma su lugar y significado simbólicos.”

Entendiendo que *el significante* amo dentro del proceso explicativo típico de las formaciones discursivas marxistas, corresponde a las grillas de inteligibilidad trazadas por la concepción de la lucha de clases como centro de las formaciones históricas determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas:

“En cuanto entramos en el orden simbólico, el pasado está siempre presente en forma de tradición histórica y el significado de estas huellas no está dado; cambia continuamente con las transformaciones de la red del significante. Cada ruptura histórica, cada advenimiento de un nuevo significante amo, cambia retroactivamente el significado de toda tradición, reestructura la narración del pasado, lo hace legible de otro modo, nuevo.”⁵⁸

⁵⁸ Žižek, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires Argentina, Siglo XXI editores, segunda edición, pag. 88

Dicho discurso tiene la particularidad de constituir un discurso contra hegemónico que tiene una perfecta simetría con los discursos capitalistas como mecanismos de explotación; y por lo tanto las identidades políticas creadas a su amparo surgen a partir de la exclusión de las identidades burguesas quienes juegan el papel de universalidades excluidas que se presentan de manera negativa al interior del espacio marxista, permitiendo su sutura parcial.

En tanto discurso contra hegemónico, su triunfo supondría la perpetuación de los mecanismos interpretativos propios de las clases burguesas en su reverso simétrico: las interpretaciones proletarias surgidas como imágenes especulares de las formas de organización propias de la modernidad.

Por ejemplo, Foucault considera que los estados socialistas fueron incapaces de construir entramados sociales realmente diferentes por considerar que el objetivo de las revoluciones bolcheviques consistía en la toma del poder estatal, y nunca en la reconfiguración de las sociedades a partir del desvertebramiento de las formas en que el poder circula en los entramados sociales capitalistas, y así garantizar la construcción de relaciones sociales cuyos contenidos no se hayan construido al calor de las luchas políticas que dan origen a las sociedades modernas.⁵⁹

El marxismo – la corriente dominante – como parte de las explicaciones economicistas propias de la modernidad y, por lo tanto, como un producto de las construcciones hegemónicas derivadas del triunfo de los discursos de verdad que moldearon las luchas entre las burguesías europeas y las aristocracias feudales de los siglos XVIII y XIX, nos permite delimitar con mayor exactitud los alcances y limitaciones de los enfrentamientos políticos que han caracterizado el desarrollo de las luchas entre estos dos extremos del pensamiento filosófico moderno en el siglo XX y en el tiempo actual.

⁵⁹ Foucault Michel, op. Cit. Pag. 237

Al hacer esta revisión del marxismo ortodoxo, fija con claridad nuevas opciones para construir narrativas alternativas, las cuales permiten reinterpretar la historia de la humanidad, a partir de la reactivación de las luchas concretas que determinaron el surgimiento de dichos discursos de verdad. Entonces se trata de encontrar aquellos puntos de inflexión, de quiebre donde el economicismo se encuentra en pleno proceso de descomposición.

Para aprovechar las dislocaciones de dichas estructuras, buscando interpretar la emergencia de los nuevos significantes vacíos que signarán la construcción de las sociedades post-economicistas, donde la autonomía y la pluralidad parecen ser las palabras de orden.

IV. EL DISCURSO ECOLÓGICO⁶⁰ COMO DISCURSO ANTI HEGEMÓNICO ACTUAL

El 8 de junio pasado el periódico económico colombiano *Portafolio* puso en conocimiento una decisión de política económica tomada por el gobierno de Australia, país que prohibió la exportación de carne a Indonesia por la forma en que las reses son allí sacrificadas⁶¹. Esta decisión no es precisamente un pronunciamiento cosmético, pues anualmente Australia exporta a dicho país un total de 500 mil reses anuales, con un valor calculado de 500 millones de Euros.

Aplicando una regla de tres simple, y teniendo en cuenta que la suspensión es por al menos seis meses, Australia está renunciando a 250 millones de euros; poniendo además en riesgo el mercado Indonesio, el cual se puede ver tentado a buscar proveedores con estándares éticos que problematicen menos sus formas de trato a los animales.

Por supuesto, dicha actitud es producto de la presión de una opinión pública que cada vez más repudia actos innecesarios de crueldad contra los animales; en palabras de la legisladora del Partido Verde del estado de Australia del Sur, Tammy Franks, “*Los australianos universalmente expresamos nuestro repudio a la crueldad contra los animales.*”

⁶⁰ Para efectos del presente documento, se entenderá como discurso ecológico toda aquella formación discursiva en la cual se pretenda incorporar a la discusión política la dimensión ambiental.

⁶¹ <http://www.portafolio.co/internacional/australia-%E2%80%98sacrifica%E2%80%99-su-economia-su-amor-los-animales>

Esta actitud es, en mi concepto, muestra de la capacidad desarticuladora actual del discurso ambiental ante la *hegemonía economicista* que caracteriza el quehacer cotidiano las formaciones políticas de la modernidad surgida en la Europa surgida de las revoluciones burguesas, y cuyo centro es el mercado capitalista el cual actualmente tiene dimensiones globales.

En efecto, sí los teóricos del capitalismo tienen razón al señalar la existencia de un *homo economicus* que actúa movido solo por un interés egoísta de maximización de sus beneficios individuales, y que en consecuencia la política comercial de un país se fija atendiendo exclusivamente a la necesidad de expandir sus mercados y aumentar las ventas de los productos en los cuales tienen una ventaja competitiva; ¿Cómo explicar la actitud de los australianos? ¿Cuál es el beneficio económico derivado de la prohibición que explica desde la óptica economicista de corte capitalista la mencionada decisión?

Así mismo, desde el principal discurso contra hegemónico opuesto al neoliberalismo capitalista; esto es, desde el marxismo, ¿cómo explicar que un Estado burgués renuncie a unas ganancias tan altas en un mercado asegurado por motivos que no se pueden explicar desde el movimiento de la infraestructura? ¿Por qué un Estado burgués renunciaría a unas ganancias que suponen una apropiación de los recursos producto del trabajo de las clases explotadas en un país subdesarrollado?

Es necesario recordar que dentro de los discursos de verdad que han permitido una constante expansión del economicismo como concepto hegemónico en la era moderna se encuentra el discurso científico; un discurso que ha permitido una constante innovación tecnológica que supone una renovación permanente de las formas de producción como mecanismo idóneo para superar las crisis internas del sistema; permitiendo por lo tanto una rearticulación permanente de las estructuras

políticas, económicas, sociales y culturales para reproducir las relaciones de poder que garantizan su perpetuación.

Sin embargo, dicho discurso no es, en sentido estricto, un discurso plenamente instrumentalizado cuyo único fin es la reproducción de las condiciones sociales necesarias para el mantenimiento del economicismo como discurso hegemónico; sino que más bien en el decurso del proceso histórico se ha establecido una alianza táctica que ha funcionado de manera eficiente en tanto ambas vertientes del pensamiento, marxismo y (neo)liberalismo, han podido reforzar su papel como factores reales de poder que direccionan las acciones de las sociedades modernas.

Esta alianza basa su funcionalidad en un apoyo recíproco que ha permitido que las sociedades modernas inviertan permanentemente recursos en el desarrollo de los estudios científicos a todos los niveles, recibiendo a cambio el apoyo necesario para sostener la percepción según la cual en la profundización de las herramientas discursivas derivadas del economicismo se garantizaría, en un futuro más o menos lejano y con avances permanentes innegables, la expansión de sus beneficios a todas las poblaciones hegemónicas a todos los niveles.

Sin embargo, el éxito de las sociedades industriales y posindustriales en garantizar unos ingresos mínimos siempre crecientes para sus ciudadanos permitió que éstos pudiesen centrar sus preocupaciones en asuntos diferentes a los atados exclusivamente a problemáticas económicas, con el peso muerto de las demás sociedades cada vez más pobres, necesitadas y miserables.

En palabras de John R. McNeill:

“Los años setenta fueron un periodo turbulento. Las opiniones generales y la autoridad establecida fueron objeto de ataques feroces de México a Indonesia y

de China a Estados Unidos. De las muchas ideas y movimientos culturales cultivados en aquellas condiciones violentas hubo dos que duraron más que el resto: la igualdad femenina y el ecologismo.”

Esto se debe a que los dos fenómenos tienen la capacidad de transformar radicalmente las sociedades contemporáneas y establecer nuevas formas de articulación; siendo especialmente sensible para efectos de la presente discusión el ecologismo; definido por dicho autor en los siguientes términos:

“El éxito de ecologismo (definido de manera general como la idea de que la humanidad debería procurar coexistir pacíficamente con la naturaleza, más que dominarla) dependió de muchos factores. En el mundo industrial, la carga de la contaminación y los productos químicos peligrosos habían aumentado con rapidez en las décadas anteriores. Se había producido tal acumulación de riqueza (difundida además mediante el fordismo) que la mayoría de los ciudadanos podían permitirse sentir preocupaciones por asuntos ajenos al dinero. El crecimiento económico de los países industriales en el periodo entre 1945 y 1973 generó, en cierto sentido, su propia antítesis en el ecologismo”⁶²

Dichas preocupaciones se centraron, de modo principal, en un descubrimiento hecho por los científicos: que los procesos industriales asociados al cumplimiento de las expectativas generadas por la hegemonización del discurso económico en las sociedades modernas tenía costos ambientales que ponen en riesgo la supervivencia de la especie humana.

Este descubrimiento supuso una suerte de revolución silenciosa que ha venido socavando los contenidos mismos del discurso economicista. Ella ha puesto al descubierto la finitud de la tierra como límite al crecimiento económico; y por lo tanto la imposibilidad de generar un mejoramiento permanente de la calidad de

⁶² Mcnell, John R., *Algo nuevo bajo el sol*, Alianza Editorial, Madrid España, Pág. 404.

vida de todos y cada uno de los miembros de la especie humana de mantenerse una espiral infinita de consumo.

Por supuesto, el surgimiento de esta realidad discursiva que establece la existencia de una problemática ambiental que impide una expansión permanente de la producción industrial y por lo tanto del mejoramiento permanente de la calidad de vida de las poblaciones humanas, supone en los hechos la problematización política de la investigación ambiental.

Ahora el centro de la discusión reposa en la forma en que las diversas sociedades deben afrontar los riesgos derivados de la aceptación de la existencia de una dimensión ambiental en la aceleración de los procesos sociales, políticos y culturales necesarios para obtener los beneficios derivados del discurso económico hegemónico. Hay un traslado discursivo desde las investigaciones científicas propias de las ciencias naturales al centro de la discusión política.

El siguiente fragmento de *La sociedad del Riesgo Global* ilustra el desplazamiento del ámbito de la discusión a propósito de la temática ambiental:

“Sí alguien utiliza la palabra “naturaleza” inmediatamente se plantea la pregunta: ¿qué modelo cultural de “naturaleza” es el que se da por supuesto? ¿La naturaleza “dominada”, explotada hasta el agotamiento por la industria? ¿o la vida rural de los años cincuenta (tal como se contempla hoy retrospectivamente, o tal como la contemplaban entonces las personas que vivían en el campo)? ¿La soledad de las montañas antes que existiera una guía titulada Paseos en las montañas solitarias? ¿La naturaleza de las ciencias naturales? ¿o la que se vende en los folletos turísticos del supermercado? ¿La visión “realista” del hombre de negocios, según la cual las intervenciones industriales sobre la naturaleza siempre pueden repararse plenamente? ¿O la visión de las personas “sensibles”

*conmovidas por la naturaleza que consideran que incluso las intervenciones a pequeña escala puede causar daños irreparables?*⁶³

Esta cadena de interrogantes supone asumir que la naturaleza no es un concepto neutro, construido científicamente, y que por lo tanto tiene un significado específico que no puede ser disputado; sino que, por el contrario, activa la dimensión política presente en el fondo de cualquier concepto humano (incluidos los científicos). Convirtiéndose ahora en el centro de una permanente lucha para determinar el régimen de verdad que lo llenará de contenido. Ulrich Beck lo explicita en las siguientes palabras:

*“(...) la propia naturaleza no es naturaleza: es un concepto, es una norma, un recuerdo, una utopía, un plan alternativo. Hoy más que nunca. La Naturaleza está siendo redescubierta, mimada, en un momento en el que ya no existe. El movimiento ecologista está reaccionando al estado global de fusión contradictoria de naturaleza y sociedad que ha superado ambos conceptos en una relación de vínculos y perjuicios mutuos del que todavía no tenemos una idea, por no decir un concepto.”*⁶⁴

El surgimiento de la dimensión política del concepto de naturaleza en torno a la existencia de una problemática ambiental generó una nueva superficie discursiva que ha entrabado las formas tradicionales de articulación de los conceptos hegemónicos vigentes. Iniciándose un proceso para diseñar nuevos mecanismos de articulación que permitan compatibilizar, mediante la expansión de sus alcances y sus formas de auto organización, las nuevas realidades nacidas con la politización del tema ambiental.

⁶³ Beck, Ulrich, *La Sociedad del Riesgo Global*, Siglo XXI de España Editores S.A., Madrid España, pág. 32.

⁶⁴ Beck, Ulrich, *op. Cit.* Pág. 32

Estas nuevas fórmulas de articulación son estrictamente políticas, y por lo tanto la discusión ambiental no se puede reducir (como es la pretensión de ciertos sectores de la comunidad científica) a una discusión biológica – química, pues sus efectos de poder tiene la potencialidad de modificar profundamente las condiciones de posibilidad que permiten la configuración actual de las formas de organización política locales.

Esto es, en la medida en que el discurso ambiental empieza a poner en duda los postulados económicos que soportan el discurso hegemónico que determina las formas de organización política de las sociedades modernas. La naturaleza en tanto concepto supera las fronteras del discurso cientísta ambiental y se convierte en un concepto político y por lo tanto en objeto de investigación de las ciencias sociales.

Este proceso supone entonces, una interacción recíproca entre la ecología y la política, de tal manera que las formas de rearticulación requeridas permiten que la ecología modifique la política y al mismo tiempo la política actúe como factor determinante dentro de la discusión de la dimensión ecológica.

Sin embargo, y en la medida que la definición política de nuestras sociedades está determinada por las formas de organización económica, se evidencia ahora que la influencia de la ecología en la política supone una fecundación novedosa del imaginario económico, y por lo tanto una reconceptualización de su papel en la sociedad.

Beck sostiene sobre este proceso lo siguiente:

“Para clarificar esto con el ejemplo de la cuestión medioambiental: la invasión de la economía por la ecología abre la primera a la política. La industria y el mundo de los negocios se convierten en una empresa política en el sentido que la

configuración de la propia empresa – su política organizativa y de personal, el espectro de productos y el desarrollo de la producción, las inversiones técnicas a gran escala y las estructuras organizativas – ya no puede desarrollarse a puerta cerrada so capa de limitaciones objetivas y del sistema.”

Esto supone una nueva relación entre la política y la economía, permitiendo una revolución en la tradicional división público – privado, por cuanto las decisiones económicas privadas empiezan a afectar bienes que son considerados públicos, y por lo tanto susceptibles de control social; tal y como lo señala a continuación el autor reseñado:

“En vez de esto, todas estas actividades están rodeadas por otras alternativas, lo que quiere decir que otras expectativas, agentes y consideraciones, así como consultas a los consumidores, tienen un efecto sobre grupos de gestores que anteriormente gobernaban en solitario, y por tanto, “apolíticamente”. La burguesía apolítica del capitalismo tardío tal y como es regulada por el estado de bienestar se está convirtiendo en una burguesía política obligada a “gobernar” dentro de la esfera económica conforme a los estándares de la política de la legitimación”⁶⁵

En consecuencia, el proceso de rearticulación discursiva e institucional se ha centrado en la necesidad de compatibilizar el economicismo predominante con la perspectiva ambiental como el mecanismo adecuado de absorción y resignificación política de la nueva superficie discursiva, buscando evitar la dislocación de las sociedades industriales contemporáneas.

Sin embargo, y como quiera que el economicismo no es un discurso homogéneo, sino que está compuesto de múltiples vertientes que generan sus propias formas de articulación en una lucha constante por imponerse como el discurso central que vehicule las sociedades contemporáneas, el surgimiento de una nueva superficie

⁶⁵ Beck, Ulrich, *op. Cit.* Pág. 158.

discursiva supuso una explosión de propuestas alternativas de rearticulación. Dichas propuestas buscan reiniciar las luchas políticas que relegaron sus visiones del mundo a la trastienda de la historia.

Este proceso derivó en una explosión de teorías que buscaban articular las perspectivas políticas típicas de la modernidad con propuestas para resolver la problemática ambiental.

Tales propuestas recorren todo el arco ideológico; desde el posibilismo pragmático planteado por Thomas L. Anderson con su *“Ambientalismo de mercado”* y validado desde la juridicidad internacional en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, y también en el Protocolo de Kioto, hasta los movimientos ambientales radicales como *Earth First!* Estos plantean directamente la destrucción de las sociedades modernas para hacerlas económicamente sustentables “regresando” a las sociedades de cazadores – recolectores pos tecnológicos.

Pasando por supuesto, por toda una gama de posturas eco socialistas, eco anarquistas, eco fascistoides; y en la práctica, ideologías de las más variopintas precedidas por el sufijo eco. Las que descubren una inflación discursiva, una falsa pluralidad de voces en contravía del orden capitalista globalizado.

Sin embargo, este tipo de posturas cuasi-filosóficas que pretenden re articular las dos superficies discursivas, en el fondo tienen que rechazar la existencia de un límite que a mediano plazo supone la incapacidad de seguir expandiendo la capacidad de producción y de consumo en el régimen capitalista. Ellas procuran detener el deterioro ambiental a partir de la generación de mecanismos alternativos de generación y consumo de energía, eso sí, sin plantear nunca la necesidad de establecer unos máximos de consumo que detengan la espiral

siempre creciente de consumo requerido para el mantenimiento de la hegemonía economicista.

Ello supone que tales posturas planteen una reducción de la velocidad de consumo y de producción industrial a través de tecnologías limpias y formas alternativas de desarrollo, que no pongan en cuestión la necesidad misma del crecimiento económico como único mecanismo capaz de construir sociedades con ciudadanos plenamente satisfechos.

Estas perspectivas, por supuesto, plantean en el fondo la necesidad de retrasar el momento en que las sociedades modernas van a alcanzar los límites de producción y consumo que resiste el planeta, sin resolver las críticas derivadas de los estudios científicos que detallan la destrucción ambiental en ciernes. Así las cosas, no pueden entonces convertirse en soluciones reales que reviertan el estado de nuestro planeta, de acuerdo con los descubrimientos de las investigaciones ambientales.

Como respuesta a esta incapacidad de construir adecuadamente discursos que resuelvan desde un proceso de rearticulación de las perspectivas económicas y ambientales, sin sacrificar la necesidad de plantear formulas que detengan definitivamente los factores que crean las condiciones de posibilidad de las catástrofes ambientales, surgen dos perspectivas opuestas que pretenden dar solución a la citada incompatibilidad.

Por un lado, se generan corrientes escépticas sobre la capacidad de influencia de las intervenciones antrópicas en los procesos de deterioro de las condiciones ambientales presentes a lo largo de los últimos cuatro siglos. Estas corrientes son apoyadas por miembros influyentes de la comunidad científica internacional (incluidos científicos laureados con el Premio Nobel), y por miembros de las clases

dirigentes de diversos países, como los exgobernantes Vaclav Klaus y José María Aznar.

Este escepticismo es apoyado por las corrientes económicas neo liberales. Estas siguen considerando que las preocupaciones ambientales generan una serie de obstáculos económicos y burocráticos que distorsionan el mercado; lo cual no permite el desarrollo adecuado de las fuerzas económicas e interrumpe el libre intercambio de bienes y servicios, retrasando el desarrollo de los conglomerados humanos; hecho que no tiene razón de ser si se asume la inexistencia de efectos ambientales en la actividad humana.

Por otro lado, surgen *las corrientes ecologistas* que sostienen que no existe una solución posible en la configuración de las sociedades hegemónicas por el discurso economicista, y, capitalista en particular, que consideran que los procesos de re articulación intentados fracasan ante la incapacidad de solucionar de fondo la problemática ambiental.

En palabras de Dobson:

“Por un lado, sostiene que el consumo continuo en niveles cada vez mayores es imposible debido a los límites productivos finitos impuestos por la Tierra. Así, se sostiene que nuestro anhelo de consumir se verá restringido, queramos o no: “En lenguaje coloquial diríamos que es nadar y guardar la ropa, y eso es imposible” anuncia Porritt (ibíd., pág. 118) Es muy importante ver que los verdes sostienen que el reciclado o el uso de fuentes de energía renovable no resolverán por sí solos los problemas planteados por una Tierra finita: seguiremos sin ser capaces de producir o consumir a un ritmo cada vez mayor.”⁶⁶

⁶⁶ Dobson, Andrew, *Pensamiento político verde*, Edición Paidós Ibérica, Barcelona España. pág. 39.

Esta problemática ambiental supone la plena aceptación de que la expansión del capital está alcanzando sus límites máximos, no solo por su incapacidad cada vez más evidente de resolver sus crisis internas y de cumplir con las expectativas generadas en las sociedades hegemónicas, sino también porque se acerca cada vez más a los límites que le marca la naturaleza. Ángel Maya resume dicha problemática en los siguientes términos:

“Lo interesante e inquietante del momento presente es la constatación, o por lo menos la sospecha, de que la expansión del capital está tocando no solo sus límites sociales, sino también los naturales. Eso es lo que nos ha hecho comprender que vivimos dentro de un planeta finito y al interior de sociedades igualmente finitas. Los límites de las sociedades están marcados no solo por sus contradicciones internas, sino también por los límites que encuentran en la textura del entorno ecológico. La constatación de los límites sociales de la expansión del Capital coinciden con la percepción de los límites sociales”⁶⁷

Desde la perspectiva ecologicista el anterior postulado no es solo aplicable al capitalismo sino también al socialismo. Los límites naturales que le son aplicables a la expansión del capitalismo son, en el fondo, los límites a la expansión industrial y al mejoramiento de la calidad de vida a través de la expansión ilimitada del consumo y de la explotación de los recursos naturales.

Esta percepción establece una nueva lógica equivalencial que desarticula las lógicas de la diferencia que han sido tradicionalmente los mecanismos de análisis de las relaciones existentes entre el capitalismo y el socialismo en sus diferentes vertientes.

⁶⁷ Ángel Maya, Carlos Augusto, *Globalización y Medio Ambiente*, En: *el nuevo Orden Global. Dimensiones y Perspectivas*. Universidad Nacional, Bogotá Colombia. págs. 273 – 274.

Así, los críticos ecologistas resaltan que las dos perspectivas tienen en común la percepción de que la capacidad de explotación del planeta no tiene fin; que la expansión industrial es el mecanismo adecuado para garantizar sociedades estables que permitan la satisfacción de las necesidades de sus poblaciones siempre crecientes. Tal proceso es apoyado por avances tecnológicos que son “intrínsecamente buenos”, y que por lo tanto se deben desarrollar sin cortapisas.

Porrit puntualiza al respecto, destacando el crecimiento y la burocratización:

“Ambos están dedicados al crecimiento industrial, a la expansión de los medios de producción, a una ética materialista como el mejor medio de satisfacer las necesidades de la gente, y al desarrollo tecnológico sin cortapisas. Ambos se apoyan en una centralización y un control y coordinación burocráticos a gran escala cada vez mayores. Partiendo de un estrecho racionalismo científico, ambos insisten en que el planeta está ahí para ser conquistado, que lo grande es evidentemente bello, y que lo que no se puede medir no tiene importancia.”⁶⁸

La lógica equivalencial que determina la existencia de un denominador común entre las diferentes perspectivas capitalistas y socialistas es denominada por Porrit Industrialismo. Ella corresponde, a grandes rasgos, a la perspectiva que en el presente documento ha sido denominada como el discurso economicista que hegemoniza el desarrollo de las sociedades surgidas de la modernidad.

Este proceso permite la configuración de una perspectiva política que pretende superar la dicotomía dominante en las sociedades occidentales, para diseñar, en cambio, nuevos mecanismos sociales capaces de lidiar con la problemática

⁶⁸ Porrit, Johnatan, *Seeing Green: Politics of Ecology Explained*. Blackwell Editorial, Oxford, Reino Unido, pág. 44.

ambiental sin las ataduras propias de los procesos industriales propios de las sociedades economicistas.

La pretensión de la superación de los límites propios de las modernidades requiere un replanteamiento de los objetivos de tales sociedades, y por lo tanto, también de las formas de configuración de las necesidades humanas a través de la aceptación de mecanismos alternativos que permitan el desarrollo de vidas plenas y satisfactorias en ausencia de una espiral infinita de consumo. Porrit y Winner, citados por Dobson, lo han señalado en los siguientes términos:

“El más radical (objetivo verde) pretende nada menos que una revolución no violenta que derrumbe la totalidad de nuestra sociedad industrial contaminante, saqueadora y materialista y, en su lugar, cree un nuevo orden económico y social que permita a los seres humanos vivir en armonía con el planeta. Según esto, el movimiento verde pretende ser la fuerza cultural y política más radical e importante desde el nacimiento del socialismo. (Porrit y Winner, 1988, pág. 9)”⁶⁹

El objetivo último de la ideología ecologicista consiste entonces, en la generación de una lógica hegemónica que reemplace la estructuración política, y por lo tanto la correlación de fuerzas de las sociedades contemporáneas; con la finalidad de generar un nuevo régimen de verdad que permita una organización socio – política alternativa.

Sin embargo, la generación de esta nueva articulación hegemónica pasa por el reconocimiento de la prevalencia de la dimensión ambiental como nuevo eje regulador de las relaciones socio políticas encargadas de establecer lógicas alternativas en el proceso de construcción de nuevas sociedades, y por lo tanto de nuevos individuos.

⁶⁹ Dobson, Andrew, *Pensamiento político verde*, Edición Paidós Ibérica, Barcelona España. pág. 30.

La afirmación de este nuevo eje articulador como mecanismo regulador se evidencia en las luchas políticas actuales, en las cuales cada vez adquiere mayor relevancia la necesidad de consultar la capacidad de resiliencia de los nichos ambientales en los procesos mineros e industriales; así como halla expresión en legislaciones nacionales e internacionales que son cada vez más exigentes en la afirmación de la necesidad de incluir los costos ambientales en los procesos de planeación de los procesos económicos y de infraestructura.

Quizá se esté dando ya el primer paso para la aceptación de un nuevo régimen de verdad de contenido ambiental, a pesar que aún existen amplios sectores de las sociedades contemporáneas (especialmente la estadounidense) que niegan la existencia de costos ambientales asociados al crecimiento económico. La verdad es que estas tendencias se identifican cada vez más con una derecha retrógrada que se abstiene de apoyar el proceso científico en su integralidad⁷⁰.

Este fragmento de la obra de Tomás Maldonado ilustra ese proceso:

“Si en algún momento esto se ignoraba (o se fingía ignorar), hoy en día, en cambio, nadie puede justificar el propio comportamiento escudándose en la ignorancia. Ahora todos, por lo menos todos aquellos que viven en las sociedades industrialmente avanzadas, están más o menos al tanto de las reglas del juego, y también de la puesta en juego de los temas ambientales.”

De donde se deduce que quienes niegan el discurso ambiental lo hacen por motivos egoístas que no consultan el bien público en el que finalmente se centra la discusión desde la perspectiva ambiental.

⁷⁰ Por supuesto, dicho rechazo no opera cuando los avances científicos permiten la afirmación de sus principios ideológicos y religiosos.

“Digamos que con raras excepciones (normalmente interesadas o extravagantes), todos estamos dispuestos a reconocer que de la revolución industrial en adelante, se han inferido golpes durísimos al equilibrio ecológico. Ya volvemos a encontrar un consenso similar en la evaluación de las causas. Entre ellas, la principal: nuestra falta de previsión, a veces legitimada por una pretendida objetividad, con frecuencia camuflada en un saber técnico científico.”⁷¹

El reconocimiento de los costos ambientales que tienen los procesos industriales necesarios para expandir la base material que permite sostener las sociedades economicistas actuales supone, adicionalmente, un trauma en los grupos societarios modernos afectados por el dilema de crecimiento capitalista acompañado en apariencia por un consumo ilimitado.

Dicho trauma consiste en la aceptación de que los procesos políticos económicos y culturales propios de la modernidad son incapaces de garantizar la supervivencia de la humanidad en tanto especie, y que por el contrario la expansión de las articulaciones hegemónicas que se han encargado de definir las condiciones de posibilidad de las sociedades economicistas a grupos humanos aún no incorporados en la globalización como expresión superior de la modernidad, supondrán necesariamente la profundización de la crisis ambiental, y por lo tanto, la puesta en cuestión de la capacidad del ser humano para seguir existiendo.

La existencia de este trauma supone una relegación de la lucha de clases ante la evidencia científica que en términos reales no existen mecanismos que le garanticen a ningún grupo social, ni siquiera a las clases burguesas dominantes, la posibilidad de superar los cataclismos asociados a la sobre explotación de la tierra.

⁷¹ Maldonado, Tomás, *Hacia una racionalidad ecológica*, Ediciones Infinito, Buenos Aires Argentina. págs. 16 y 17.

“Dicho con una fórmula: la miseria es jerárquica, el smog es democrático. Con la extensión de los riesgos de la modernización (con la puesta en peligro de la naturaleza, de la salud, de la alimentación, etc.) se relativizan las diferencias y los límites sociales. De ahí se siguen extrayendo consecuencias muy diversas. Sin embargo, objetivamente, los riesgos despliegan dentro de un radio de acción y entre los afectados por ellos un efecto igualador. Ahí reside precisamente su novedosa fuerza política. En este sentido, las sociedades de riesgo no son sociedades de clases; sus situaciones de peligro no se pueden pensar como situaciones de clases, ni sus conflictos como conflictos de clases.”⁷²

Las sociedades modernas han mutado a lo que Beck ha denominado sociedades de riesgo, que son en esencia sociedades incapaces de determinar estándares de seguridad predecibles frente a futuros abiertos indeterminados; siendo necesario aclarar, sin embargo, que los riesgos están presentes en todas las sociedades humanas, en especial en las industriales.

De hecho, una de las características primordiales de las sociedades financiarizadas actuales pasa por la existencia de un sector asegurador fuerte, el cual se encarga de calcular con sofisticadas herramientas estadísticas la posibilidad de concretarse una situación específica capaz de causar un daño, y calculando eficazmente formas adecuadas de obtener ganancias de los miedos implícitos en la probabilidad de concreción de los riesgos calculados.

Estas herramientas son tan sofisticadas que en la actualidad se han diseñado seguros para proteger las inversiones hechas por las ciudades de riesgos derivados de fenómenos naturales como terremotos, maremotos, erupciones etc.

⁷² Beck, Ulrich, *La Sociedad del Riesgo*, Edición Paidós Ibérica S.A., Barcelona España, pág. 52.

Sin embargo estos riesgos calculados, medibles, y por lo tanto domesticados, no son a los que se enfrentan las denominadas *sociedades del riesgo* y la lógica discursiva que las reproduce. Sin embargo, es posible usar una herramienta típica de dichas sociedades para determinar los riesgos propios de una sociedad postindustrial. En primer lugar, ella se refiere a la denegación de la cobertura de las pólizas por el sector asegurador ante la imposibilidad de determinar adecuadamente la posibilidad de concreción del riesgo, o ante la imposibilidad de satisfacer los costos monetarios de su ocurrencia.

“Expresándolo de formas más precisa, los megapeligros nucleares, químicos, genéticos y ecológicos invalidan los cuatro pilares del cálculo del riesgos. En primer lugar, uno se enfrenta aquí al daño global, muchas veces irreparable y que ya no es posible limitar; falla por tanto, el concepto de indemnización monetaria. En segundo lugar, las medidas paliativas cautelares se excluyen del peor accidente imaginable en el caso de peligros fatales; falla, por tanto, el concepto de seguridad del control anticipativo de los resultados. En tercer lugar, el “accidente” pierde su delimitación en el tiempo y en el espacio, y con ello su significado. Se convierte en un suceso con un principio pero sin fin: un “festival abierto” de oleadas de destrucción progresivas, galopantes y solapadas. Lo que esto implica es la abolición de los estándares de normalidad, de los procedimientos de evaluación y, por tanto, de la base del cálculo de los peligros; se comparan entidades incomparables y el cálculo se convierte en ofuscación.”⁷³

Adicionalmente, esta percepción desarticula insidiosamente los basamentos mismos de las sociedades industriales surgidas de la modernidad. En primer lugar pierden significado los límites mismos de los estados nacionales, pues los problemas ambientales tienen una dimensión trasnacional no solo por la existencia de nichos ambientales trasnacionales, sino porque cualquier intervención en un

⁷³ Beck, Ulrich, *La Sociedad del Riesgo Global*, Siglo XXI de España Editores S.A., Madrid España, pág. 84.

nicho ecológico nacional causa resultados que fácilmente desbordan el ámbito nacional.

El desbordamiento enunciado afecta desde las actividades más pueriles como la posibilidad de aplazamiento de eventos deportivos por la explosión de volcanes en Europa y América, hasta cuestiones vitales de seguridad de los diferentes conglomerados humanos, como con la explosión de las plantas nucleares en Japón como producto del maremoto en el presente año; cuyas consecuencias se sienten en lugares tan lejanos como nuestro país a donde llegaron partículas de elementos pesados, aunque afortunadamente en cantidades inapreciables e incapaces de causar efectos nocivos en la salud de los colombianos.

Esto supone, primero, la imposibilidad de mantener los postulados del nacionalismo metodológico, postulados que de todas maneras ya eran puestos en cuestión por la consolidación del proceso globalizador y por el desarrollo acelerado de las tecnologías de la comunicación en especial el internet.

En segundo lugar, se ven derrotadas las promesas de las sociedades industriales de incorporar efectivamente todas las poblaciones del globo terrestre y extender sus beneficios a todos los extremos del planeta, pues nuestro planeta simplemente no resiste que una población que supera los 6.500 millones, y que se encuentra en plena expansión, acelere su consumo a los mismos niveles de las sociedades norteamericanas y europeas.

La simple incorporación de amplias capas de la población china, hindú y brasileña, las así llamadas economías emergentes, por la aplicación de exitosas políticas de crecimiento económico y de redistribución de las ganancias generadas en este proceso acumulador, han disparado los precios de las materias primas en una espiral ascendente que suponen una incapacidad inmediata de expandir la producción de dichos elementos en niveles suficientes para garantizar una

expansión de las bondades de la industrialización a todas las poblaciones humanas.

Este proceso desarticulador actúa insidiosamente en los procesos discursivos y reales que legitiman el consumo como símbolo de status en las sociedades industriales, de tal manera que empiezan a ser mal vistas las personas pertenecientes a capas sociales exitosas que no respetan unas reglas mínimas de respeto del ambiente.

Los artistas e ídolos populares renuncian al uso de vestimentas que contengan piel animal, son vegetarianos y consumen productos orgánicos sembrados sin fertilizantes químicos. Ellos tampoco usan aerosoles que contengan cloro-fluorocarbonos (CFCs) por cuanto liberan cloro que destruye la capa de ozono; lo cual obliga a que todos traten de ser políticamente correctos y seguir los dictados del nuevo discurso ambiental.

Así mismo, estas personas centran parte de su tiempo y fortuna en fundaciones que luchan contra todos aquellos males considerados connaturales a los procesos industriales y globalizadores, el ambiente, el hambre, la guerra.

Además, y al contrario de lo sostenido por los teóricos de las diversas teorías economicistas en sus vertientes capitalistas y socialistas, una parte cada vez mayor de los millonarios de las sociedades post industriales donan parte de sus fortunas para obras caritativas. De tal manera ha sido la respuesta que en el 2010 cerca de 60 de los hombres más ricos del mundo han ofrecido donaciones que superan los 600 Billones de dólares.

Aunque la filantropía siempre ha sido parte de las actitudes asumidas por los millonarios en las diversas sociedades humanas, y que en la actualidad la mayor parte de las donaciones no tienen como fundamento la filantropía, también lo es

que estas ofertas incluyen topes de donación del 95% del total de las fortunas de algunas de estas personas, superando así ampliamente los límites permitidos de deducción de impuestos y las tradicionales donaciones filantrópicas.

Esto supone también, en cuanto indicio, el reconocimiento cada vez mayor de amplias capas de las sociedades actuales que el proceso de acumulación de capital pierde sentido al alcanzar unos niveles altísimos pero más o menos variables, y que el proceso de acumulación en sí mismo no es suficiente para dar sentido a la vida.

Igualmente, la nueva conciencia y la práctica que la acompaña suponen una desarticulación del discurso económico por la generación de una nueva cadena equivalencial a partir de la exclusión de una nueva diferencia que se expresara al interior del sistema en el punto en el que actualmente se están expresando más adecuadamente los diferentes antagonismos que surcan las sociedades del siglo XXI, y que se construye a partir de la concientización ambiental.

Existe entonces una sensación cada vez mayor de la necesidad de encontrar nuevos mecanismos que permitan estabilizar los procesos políticos contemporáneos, los cuales parecen no ser capaces de reflejar adecuadamente las necesidades nuestras sociedades.

Sí bien es cierto que este proceso surge por el nacimiento de lo que Beck denominó sociedades del riesgo, y por lo tanto sus orígenes se afincan en los problemas ambientales, las consecuencias han desbordado ampliamente dichos orígenes y en la actualidad centran sus preocupaciones en una incapacidad cada vez mayor de las organizaciones políticas a la hora de representar adecuadamente los anhelos de las poblaciones.

En este horizonte se pueden establecer equivalencias entre las protestas entre lugares tan disímiles y con formas de organización estatal diferentes como las revoluciones que destruyeron los regímenes autocráticos en Túnez y Egipto, las que amenazan la estabilidad de las sociedades sirias y libias y los movimientos en sociedades más democráticas como las rebeliones de los indignados en España y los levantamientos que por primera vez han sacudido la sociedad británica como consecuencia de los recortes sociales implementados por el gobierno conservador – liberal de Cameron.

Por supuesto, en las sociedades democráticas occidentales este tipo de protestas tienen unos mecanismos más eficientes de absorción de sus diferencias, y por lo tanto han sido capaces de tramitar por causas institucionales estos levantamientos sin que los mismos hayan tenido que degenerar en guerras civiles como la de Yemen y Libia, ni en un estado de excepción permanente con altos grados de desplazamiento poblacional a países fronterizos, como en Siria.

Sin embargo, sí bien es cierto que los países democráticos tienen sistemas políticos más flexibles, esta flexibilidad no es ilimitada, y por lo tanto queda abierto el interrogante sobre su capacidad de auto regeneración en un contexto económico cada vez más incierto.

CONCLUSIÓN

La disyuntiva de la Caja Ecológica

Volviendo al tópico central del análisis, el discurso, aquí, como sucede con todos los significantes vacíos, el contenido político que establecerá el nuevo horizonte hegemónico apto para rearticular los diferentes procesos sociales, económicos y culturales que permiten la expansión de las sociedades, no se puede establecer de antemano. Él será el producto de las luchas que se desarrollan actualmente. Ellas son la evidencia viva de la generación de una crisis orgánica que es el producto sintomático de la desarticulación del discurso económico.

Con todo, no deja de ser preocupante, en este sentido, el resurgimiento en los países de la Unión Europea y en los Estados Unidos de movimientos populistas de derecha, tales como la Liga del Norte en Italia, el Movimiento de los auténticos finlandeses, el Tea Party, el ascenso y descenso de Jean Marie Le Pen en las encuestas de cara a las elecciones francesas, que, por sobre todo, revelan también la incapacidad probada de la izquierda de ofrecer un camino alternativo a la denominada crisis ambiental aupada por el despliegue del consumo capitalista sin fronteras ni límites humanos.

Esta lucha aprehendida en su dimensión discursiva, que se expresa en la crisis de hegemonía experimentada por el discurso economicista, permite interpretar de una manera más satisfactoria el descubrimiento realizado por Anna Bramwell.

Nos referimos para cerrar este capítulo, a la existencia de una “*Ecological Box*”⁷⁴ (Caja Ecológica) donde se presentan posibilidades de articulación de la problemática ambiental con todo tipo de ideologías, que van desde las perspectivas neo fascistas hasta las corrientes más anarquistas de la izquierda radical.

Incluso se han generado movimientos eco terroristas, los cuales consideran que ante la incapacidad de las sociedades industriales y democráticas de tomar decisiones dolorosas que detengan de manera inmediata el deterioro ambiental, se requiere pasar a la acción directa para imponer sus postulados.

Este proceso de inflación discursiva a propósito de la “causa ecológica” exige dos explicaciones complementarias: por un lado tenemos la percepción sobre la necesidad de detener de manera inmediata los daños ambientales generados por la expansión industrial acelerada, que han convertido al ecologismo en una ideología de resultados; la cual permite una articulación precisa con cualquier medio capaz de garantizar la consecución de sus fines sin que sea posible privilegiar ninguna desde una perspectiva ontológica.

Por otro lado encontramos, en tanto *significante vacío* el deterioro ambiental y la necesidad de estabilizar las sociedades desde una perspectiva que garantice la reproducción exitosa de la especie humana sin que se llegue a poner en riesgo la estabilidad del planeta. Lo cual puede ser también colmado con una significación política desde cualquier óptica siempre que se realicen las conversiones discursivas necesarias que permitan articular un discurso hegemónico coherente.

Empero, la determinación del contenido último que hegemonizará el discurso político a partir de la temática ambiental no se decidirá desde una perspectiva lógica ni como resultado de un proceso de auto despliegue de las condiciones

⁷⁴ Bramwell, Anna, *Ecology in the 20th Century a history*, Oxford University, Oxford Inglaterra, págs. 13 – 21.

necesarias contenidas en el desarrollo histórico, sino que será el resultado de las luchas desarrolladas entre grupos antagónicos que buscan imponer sus propias formas de abordar lo político desde lo ambiental.

El reto es mayúsculo para quienes creemos en la necesidad de profundizar la democracia como la forma ética de asumir los retos propios de las sociedades de masas surgidas a raíz de los innegables adelantos tecnológicos propios del desarrollo actual del capitalismo.

Este reto es evidente, pues a pesar que existen suficientes argumentos para considerar que el ecologismo y la democracia no son proyectos políticos incompatibles, en tanto la aprehensión de lo ambiental y sus riesgos supone un nuevo espacio donde los seres humanos se pueden reconocer como iguales ya no solo en derechos sino también en la amenaza latente en los procesos de abuso de las capacidades del planeta; esta posibilidad no es más que meramente contingente.

Ante la evidencia de su contingencia, las condiciones de posibilidad que permitan articular ecologismo y democracia, en sentido kantiano, no están garantizadas discursivamente. Por lo tanto, se requerirá participar también de las luchas políticas actuales y las que se avecinan para construir un mundo que incorpore la órbita ambiental desde una perspectiva democrática que permita desarrollar los contenidos éticos de la modernidad.

A la vez, que se despliega, simultáneamente, la crítica en profundidad, y el desmonte del economicismo que teniendo una clara matriz capitalista “colonizó” también las formaciones sociales alternativas, que son la base de las sociedades occidentales modernas, para darle paso a un más allá donde el pensamiento y la praxis ecológica recomponen la cadena discursiva y proyecta como alternativa una ética vital.

BIBLIOGRAFÍA

Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos de estado*, Edición: 3a ed. Medellín: Oveja Negra.

Anderson, Terry L., *Mercados Y Medio Ambiente, ¿Amigos o Rivales?*, Revista de Economía y Derecho, Vol. 2, Nº 6 (Otoño 2005). Copyright © Sociedad de Economía y Derecho UPC.

Ángel, Maya Carlos Augusto, *Globalización y Medio Ambiente*, En: *el nuevo Orden Global. Dimensiones y Perspectivas*. Universidad Nacional, Bogotá Colombia.

Angel Maya, Carlos Augusto, *La Fragilidad Ambiental de la Cultura*, 1ª edición, Bogotá Colombia, Editorial Universidad Nacional.

Asimov, Isaac, *Fundación*, Barcelona España, Editorial Bruguera S.A.

Beck, Ulrich, *La Sociedad del Riesgo*, Edición Paidós Ibérica S.A., Barcelona España.

Beck, Ulrich, *La Sociedad del Riesgo Global*, Siglo XXI de España Editores S.A., Madrid España.

Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo mundial: en busca de la seguridad perdida*; traducción Rosa S. Carbó 1a ed., Barcelona, España: Editorial Paidós.

Berlin, Isaiah, *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid, España. Editorial Alianza Editorial S.A.

Bookchin, Murray, *Por una sociedad ecológica*, Barcelona España, Gustavo Gili S.A., 1978.

Bramwell, Anna, *Ecology in the 20th Century a history*, Oxford University, Oxford Reino Unido.

Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek Slavoj, *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos Contemporáneos en la Izquierda*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.

Cerroni, Umberto, *Introducción al pensamiento político*, Buenos Aires Argentina, Siglo XXI editores, Tercera edición.

Christian, David, *Mapas Del Tiempo: Introducción A La Gran Historia*, 1ª edición, Barcelona, España, Editorial Critica.

Commoner, Barry, *En paz con el Planeta*, Barcelona España, Editorial Critica

Dobson, Andrew, *Pensamiento político verde*, Edición Paidós Ibérica, Barcelona España.

Duby, George; Mandrou, Robert, *Historia de la Civilización Francesa*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Elías, Norbert, *La sociedad cortesana*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, Primera Edición en español.

Escobar, Arturo, *Mas Allá Del Tercer Mundo Globalización y Diferencia*, Bogotá, Colombia. Instituto Colombiano de Historia y Antropología.

Foucault, Michel, *Defender la Sociedad, Curso en el College de France*; traducción Horacio Pons, Ciudad de México; México; Fondo de Cultura Económica.

Foucault, Michel, *Estética, Ética y Hermenéutica*; traducción Angel Gabilondo, Barcelona, España: Ediciones Paidós ibérica S.A.

Foucault, Michel, *Estrategias de poder*; traducción Fernando Álvarez Úria y Julia Varela, Barcelona, España: Ediciones Paidós ibérica S.A.

Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona España. Editorial Gedisa S.A., Quinta Reimpresión.

Foucault, Michel, *Nietzsche, la filosofía, la historia*, Valencia España, Pre – Textos.

Foucault, Michel, *Seguridad, territorio, población: curso en el College de France (1977-1978)*; edición establecida por Michel Senellart, bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana; traducción Horacio Pons, 1a edición. Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica.

Goubert, Pierre, *Historia de Francia*, Barcelona España, Editorial Crítica.

Gramsci, Antonio, *Cartas de la cárcel*; edición a cargo de Dora Kanoussi; traducción de Cristina Ortega Kanoussi 1a ed., México: Ediciones Era; [Puebla, México] : Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; [Roma]: Fondazione Istituto Gramsci.

Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la Cultura*, México D.F., Juan Pablos Editor.

<http://www.portafolio.co/internacional/australia%E2%80%98sacrifica%E2%80%99-su-economia-su-amor-los-animales>

Husserl Edmund, *La filosofía en la crisis de la humanidad Europea*, Valencia España, Editorial Universidad de Valencia.

Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, *Hegemonía y Alternativas Políticas en América Latina*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno Editores S.A. de C. V.

Laclau, Ernesto, *Emancipación y Diferencia*, Argentina, Compañía Editora Espasa Calpe.

Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto, *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires Argentina, Ediciones Nueva Visión SAIC.

Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal, *Hegemonía y Estrategia Socialista hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Leibniz, Gottfried Wilhem Barón von; *Monadología: Principios de Filosofía*, Madrid, España; Editorial Biblioteca Nueva.

Luxemburgo, Rosa; *Huelga de Masas, partido y sindicato*; Mexico D.F.; Editorial Grijalbo S. A.

Maldonado, Tomás, *Hacia una racionalidad ecológica*, Ediciones Infinito, Buenos Aires Argentina.

Marx, Karl; Engels, Friederich, *El Manifiesto Comunista*, Madrid España, Editorial Alhambra S.A., Primera Edición.

Marx, Karl; Engels Frederich, *La Ideología Alemana*, Editor Rojo.

Marx, Karl; Hobsbawn, Erich, *Formaciones Económicas precapitalistas, Introducción*, Barcelona España, Editorial Crítica.

Mcnell, John R., *Algo nuevo bajo el sol*, Alianza Editorial Madrid España.

Negri, Antonio; Hardt, Michael, *Imperio*. Buenos Aires Argentina, Paidos 2002.

Nietzsche, Friedrich, *La Gaya Scienza*, Parágrafo 110, Caracas Venezuela. Editorial Monte Ávila Editores C.A., Primera Edición en español.

Pirenne, Henri, *Historia económica y social de la Edad Media*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Platón, *Diálogos*, Ciudad de México. Editorial Espasa Calpe Mexicana, S.A., decimonovena Edición.

Popper, Karl. *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y Refutaciones*. Editorial Paidós S.A.I.C.F.

Porrit, Johnatan, *Seeing Green: Politics of Ecology Explained*. Blackwell Editorial, Oxford, Reino Unido.

Santos, Boaventura de Sousa, *La globalización del derecho. Los nuevos caminos de la regulación y la emancipación*, Universidad Nacional de Colombia - facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos (ILSA).

Saussure, Ferdinand; *Escritos sobre Lingüística General*, Barcelona España; Editorial Gedisa.

Shiva, Vandana, *La praxis del ecofeminismo*, Barcelona España, Icaro Editorial S.A.

Vernant, Jean Pierre, *Mito y Sociedad en la Grecia Antigua*, Madrid España. Editorial Siglo Veintiuno de España Editores S.A., Cuarta Edición en español.

Villalobos, Ruminort Sergio, *Hegemonía y Antagonismo, el imposible fin de lo político (Conferencias de Ernesto Laclau en Chile)*. Santiago de Chile. Editorial Cuarto Propio.

Wittgenstein, Ludwig; *Investigaciones Filosóficas*, Barcelona España, Instituto de Investigaciones Filosóficas Universidad Autónoma de México; Editorial Crítica.

Žižek, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires Argentina, Siglo XXI editores, segunda edición.